LIBRO QUINTO

RUSIA

CAPÍTULO PRIMERO

Donde se encuentra á más de un conocido

I

Salidos de Cádiz á últimos de marzo de 1812 á bordo de un buque de guerra inglés, llegaron Teglew, Miranda y Revoredo á Londres quince días después, permaneciendo allí dos meses. Embarcáronse luego en un hermoso pailebot que se dirigía á Goteborg, en Suecia, y dieron vista á aquella plaza, que no habrán olvidado nuestros lectores, al comenzar el mes de julio.

Atravesaron rápidamente los tres viajeros el mediodía de Suecia, siendo en todas partes cordialmente recibidos, pues los naturales guardaban de los españoles agradables recuerdos de cuando la retirada de La Romana; y, vueltos á embarcar en Karlscrona, llegaron por fin á Riga el 1.° de agosto, presentándose acto seguido al gobernador con las credenciales que les acreditaban de agregados al cuartel general del príncipe Bagration. Inútil es decir que el viaje había corrido á cargo del gobierno ruso, que había conferido al conde Teglew las más amplias facultades para el caso.

A la fecha en que desembarcaban en Riga nuestros tres expedicionarios, el ejército francés había pasado sin obstáculo el Niemen y se aprestaba á atravesar el Dnieper para caer sobre Moscou.

Componíase la *Grande Armée* de 400,000 hombres, 60,000 caballos y 1,200 cañones, distribuídos en 12 cuerpos de infantería y 4 de caballería, además de la guardia imperial, los parques, las guarniciones prusianas movilizadas, la división danesa y los 5,000 españoles que quedaron en Dinamarca, restos de la que mandaba La Romana (1).

Nada más extraordinario que la composición del *Grande Ejército*. El 1.°, 2.° y 3.r cuerpos estaban formados exclusivamente de franceses, á las respectivas órdenes de Davout, Oudinot y Ney; el 4.°, constituído por italianos y la guardia imperial, lo acaudillaba el virrey de Italia, Eugenio de Beauharnais; el 5.° era de polacos, á las órdenes de Poniatowsky; el 6.°, de bávaros, al mando de Gouvion Saint-Cyr; el 7.°, de sajones, regidos por Reyner; el 8.°, de westfalianos, con el rey Jerónimo y el mariscal Junot al frente; del 9.° había solamente cuadros, á cargo de Victor; el 10.° se componía de los prusianos y

(1) A uno de ellos, que había ejercido las importantes funciones de tambor mayor, lo conoció el autor desempeñando la plaza de conserje del Instituto de Tarragona.

la división Grandjean, dependiendo de Mac-Donald; del 11.° estaba encargado Augereau, duque de Castiglione; y el 12.° era enteramente austriaco, acaudillado por el príncipe de Schwartzemberg. Mandaban los cuatro cuerpos de caballería Nansouty, Montbrun, Grouchy y Latour-Maubourg, bajo el superior gobierno de Joaquín Murat, rey de Nápoles.

Allí se hablaban todas las lenguas: francés, italiano, alto y bajo alemán, lithuanio, danés, holandés, croata, español y portugués. Era, además, muy grande el número de mujeres y niños que seguían á sus amantes, esposos y padres.

El ejército ruso constaba de dos cuerpos, bajo el nombre de 1.° y 2.° ejército de Occidente, al mando del barón de Tolly y el príncipe Bagration, formando un total de 47 divisiones, de las cuales 8 eran de caballería.

Hasta entonces no había opuesto casi resistencia alguna á la invasión, dejando que los franceses se fueran internando y vencieran.

Verdad es que las victorias que alcanzaban los franceses eran peores que las de Pirro.

Los polacos les habían acogido como á sus libertadores (¡pobres polacos!), por más que al recibir el emperador á los comisionados de Varsovia y oir que le hablaban de independencia y libertad hubiese hecho una desagradable mueca. No le gustaba á él que le hablasen de estas cosas. Los polacos debían darse por harto dichosos con que él se dignase ceñirse la corona de los Jagelones y Casimiros.

Tales eran los dos enormes ejércitos que estaban frente á frente, regidos en jefe cada uno por un emperador.

II

Después de una fatigosa marcha de quince días divisaron nuestros dos españoles y su amigo las torres de la Catedral de Smolensko. El sol era tan abrasador que recordaba á Miranda el de las Antillas.

Mal debían pasarlo los franceses cuando habían topado por el camino con una porción de ellos que vagaban extraviados, los cuales les dieron cuenta de que el ejército napoleónico sufría en gran manera los rigores de la sed y el hambre, empezaba á mostrarse muy indisciplinado, y tenía, además, gran número de enfermos á consecuencia de lo insaluble de aquel terreno pantanoso.

Era Smolensko una de las mejores ciudades de Polonia, llena de soberbios palacios y suntuosas casas, y rodeada por una muralla de 30 pies de altura y 12 de espesor, flanqueada á intervalos por enormes torres que formaban bastiones, en cuyas troneras había emplazadas piezas de grueso calibre.

Habíanse reunido allí, poco antes, los ejércitos de Tolly y Bagration, retirándose á corta distancia, después de dejar una guarnición de 30,000 hombres á las órdenes del general Doctorow.

Miranda pudo dar al gobernador algunas importantes noticias, entre ellas la de que al día siguiente se presentaría Napoleón ante la plaza con el grueso de su ejército.

Doctorow le dió las gracias, como si nada le hubiera importado lo que el recién llegado acababa de decirle.

Cumplióse exactamente el anuncio de Miranda: al amanecer del 16 de agosto pudo verse desde la muralla á los franceses.

El ejército napoleónico empezó á maniobrar. Mandaba la izquierda Ney, la derecha Poniatowsky, y el centro el ilustre Davout.

Hubo dos días de combates parciales sumamente sangrientos. Una y otra artillería rivalizaban en destreza, hasta que el 16 abrieron brecha los franceses y se dispusieron al asalto.

Llegaron refuerzos á los sitiadores, con lo cual pudo prolongarse la lucha hasta la noche.

Al retirarse nuestros dos amigos juntamente con Teglew, dijo Miranda:

—Veremos mañana.

—¿Mañana?—contestó Teglew.—Mañana no existirá ya Smolensko.

Daban las doce de la noche cuando el conde despertaba á sus dos camaradas, exclamando:

—*¡Aprisa! ¡A Moscou!*

A la una salían de la ciudad densas columnas de humo y torbellinos de llamas que alumbraban la retirada del ejército ruso: Smolensko parecía exactamente el Vesubio.

Cuando, á las dos, los franceses fueron á dar el asalto, pudieron ver que la plaza había sido evacuada completamente. En todas las calles y plazas habían hacinados inmensos montones de cadáveres ó

moribundos, iluminados por el lúgubre y fatídico resplandor del incendio.

Al rayar el día entró en la ciudad el resto del ejército francés. No se veían por todas partes más que ruinas y cadáveres. Los palacios, presa aún de las llamas, sólo ofrecían paredes agrietadas y cuarteadas por la acción del fuego, yaciendo bajo sus ennegrecidos escombros los carbonizados cadáveres de los habitantes consumidos por la quema.

Este fué el único resultado obtenido de aquella encarnizada batalla: la conquista de una ciudad hecha pavesas.

Los soldados alojáronse como pudieron en las contadas casas que habían sido respetadas por el voraz elemento, mientras multitud de andrajosos judíos de luengas y sucias barbas y repulsivo aspecto lamentábanse á grito herido, con la familia superviviente, de la muerte de sus hijos y la pérdida de sus hogares y riquezas.

Los rusos que habían logrado salvarse se habían refugiado en la soberbia Catedral, una de las mejores de Europa. El aspecto del templo era desgarrador: aquel venerando santuario hallábase convertido á la vez en baratillo y hospital. Todos lloraban. Los moribundos se despedían de sus hijos. Las madres corrían desesperadas de un lugar á otro, llorando perdidos sus pequeñuelos, en tanto entraba el sol por las bizantinas ventanas, derramando su resplandeciente claridad, y se oían los ecos de las músicas francesas tocando: «Velemos por la salud del Imperio.»

Los invasores completaban la ruina del incendio saqueándolo todo.

Al saberse en París que la batalla de Smolensko sólo había producido la adquisición de un montón de ruinas, fué general la consternación.

III

Pasaba por la plaza de San Sergio un escuadrón de húsares de la 4.ª división ligera, cuando un oficial ruso, que yacía en tierra herido, haciendo un esfuerzo para incorporarse, volvióse hacia el jefe que mandaba la fuerza y exclamó.

—Una palabra, comandante.

Dirigióse hacia quien le llamaba el jefe francés, y, echando pie á tierra, contestó:

—¿Qué se os ofrece?

—Primero, deshacer una equivocación. He sabido que se ha acusado al valiente oficial polaco Conrado Walewsky de haber dado traidora muerte al general Roussel en el bosque de Ostrowna, cuando la batalla del 26 de julio, siendo así que el general murió á mis manos. en lo más recio del combate, de un pistoletazo.

—¿Vos lo matasteis?—exclamó el comandante con acento de espanto.

—Yo, sí. Debéis, por consiguiente, hacer que se ponga en seguida en libertad al capitán á quien se ha creído autor del hecho.

—Está fusilado ya,—repuso el comandante, horriblemente pálido.—Le pasaron por las armas en Varsovia al siguiente día.

—Pues se cometió un asesinato.

—Creed que intercedí por él, como presidente que fuí del consejo de guerra, haciendo presentes las maravillas que vi hacer á vuestros tiradores.

—Yo fuí también quien mató ayer al general Grabousky, á cuyo lado estabais al atacar el arrabal.

—Murió como un valiente.

—Ahora bien: dicho esto, creo que no tendréis inconveniente alguno en creer interesada la súplica que voy á dirigiros. ¿Leisteis la proclama que esparcimos en vuestro campamento cuando os disponíais á atravesar el Dwina?

—No. Yo no me reuní con Latour-Maubourg hasta Witebsk.

—Pues bien: lo que decía la proclama es la verdad. No os dejéis engañar de nuestros primeros movimientos. Pensad en que vendrá un ejército tras otro, y que por vuestra parte estaréis enteramente imposibilitados de recibir refuerzos, hallándoos á más de 600 leguas de Francia y dejando á retaguardia un país desolado y árido. No huimos de Napoleón, puesto que ya veréis cómo aceptaremos el combate en lugar y ocasión oportunos; pero, entonces, ¡ay de vosotros! porque os será imposible la retirada. Todos conocemos vuestra bravura. Hemos peleado en Austerlitz, Eylau y Friedland, y sabemos hasta dónde llega el valor de los franceses. Somos enemigos vuestros, pero al propio tiempo somos cristianos. Si queréis evitar, pues, que perezcan en medio de los más espantosos horrores centenares de miles de vuestros hermanos de armas, conminadles á que se retiren de este país, donde les aguarda, no la gloria, sino una muerte oscura y miserable, la muer-

te horrible, la muerte sin honor ni renombre. Comandante, no os aconsejo ninguna cobardía: sólo, sí, que ceséis de obedecer á ese hombre, azote de las madres, plaga de Europa, egoísta sin corazón, cabeza trastornada por una ambición satánica y absurda. Os lo dice un moribundo: ó la retirada acto continuo ó no salís de aquí ninguno de los que habéis entrado.

—Capitán,—repuso el húsar,—agradezco vuestras intenciones; pero bien veis que lo que me proponéis es una defección.

—Os propongo salvar al ejército francés.

—Faltando al honor.

—Desobedeciendo á Napoleón.

—Es faltar á lo jurado.

—Bien: como queráis. ¡Pero haga Dios que algún día no os acordéis de mis palabras! ¡Dios quiera que algún día no os arrepintáis de no haberme escuchado!

—Os repito que agradezco vuestras caritativas intenciones y que, si jamás puedo corresponder con otro favor al que tratabais de prestar al ejército francés, me consideraré como muy dichoso.

—Lo mismo os digo.

—¿Vuestro nombre?

—Alejo Tchernicheff, capitán del 5.° de tiradores de Volinia. Si para algo me necesitáis, para acreditar la inocencia de Walewsky, y no muero, me encontraréis en el hospital. ¿Cómo os llamáis vos?

—Octavio de Saligny, jefe de escuadrón del 1.° de húsares. Os ruego me mandéis una declaración firmada respecto á vuestra única participación en la muerte del general: á lo menos salvaré una honra.

IV

Era, en efecto, Octavio, que, retirado en Borgoña desde que se separó del ejército de España, había vivido feliz y dichoso con Julia, hasta que estalló la guerra con Rusia. Entonces había pedido otra vez la vuelta al servicio activo, y, una vez concedido, había sido destinado á mandar un escuadrón de húsares, á las órdenes de Latour-Maubourg, jefe del primer cuerpo de caballería, como queda dicho.

Las palabras de Tchernicheff habíanle causado al joven comandante profunda impresión, tanto porque no se le ocultaba la tremenda verdad que encerraban y que confirmaba el fin de Smolensko, muestra de lo que se proponían hacer los rusos, como también por otros motivos que sabremos más adelante.

Saligny fué á encontrar al general duque de Orthez y habló con él por largo rato con mucha exaltación, sin que el duque contestara más que con desdeñosas sonrisas, hasta que por fin exclamó:

—Comandante Saligny, creo que no me pondréis en la precisión de recordaros que los fallos de los consejos de guerra no pueden ser anulados y que ningún inferior tiene derecho á hablar de ellos en los términos que os habéis permitido usar. Comandante Saligny, os mando, pues, que os abstengáis en lo sucesivo de decir una palabra más acerca de esta cuestión.

El ejército francés, después de ser revistado en Smolensko por el emperador, siguió su marcha hasta Moscou, sin víveres, almacenes, ambulancias ni caballos, pues todos éstos estaban estropeados de fatiga. En vez de contentarse con ser dueño de los destinos de Polonia, el loco déspota quería hacer firmar la paz á su contrario en su propio palacio imperial, según era su ley.

No pensaba que tenía á su izquierda el cuerpo de Wittgenstein y que dejaba á sus espaldas el ejército ruso que operaba en Moldavia contra los turcos, y que, hecha la paz, podía de un momento á otro precipitarse sobre él, pues era hacerse una completa ilusión acerca de la sinceridad de la cooperación de los austriacos contar con que se opondrían al paso de los rusos al dirigirse desde la Moldavia á atacar á los franceses por la espalda.

V

Napoleón salió de Smolensko el 23 de agosto, atravesando por un país que, á diferencia del anteriormente visto, abundaba en granos, frutas, ganados y todo género de víveres, por no haber sido talado ni haberse saqueado ni desamparado ninguna casa. Cruzaron sus tropas el Vop, riachuelo de lecho muy profundo y encajonado entre rápidas pendientes, habiendo costado mucho el paso de la artillería en atención á lo escarpado de sus márgenes, hasta el extremo de tener que doblar los tiros para arrastrar los cañones. Por lo demás, apenas pasaba agua por el río. Era en verano. Saligny, sin embargo, demostró alguna preocupación ante tales dificultades.

Continuando su marcha, los franceses volvieron á ver el Dnieper, cuyas orillas pantanosas, cubiertas de bosques de pinos, tocaban casi en las colinas por donde iba el camino que seguían.

El paisaje era nuevo y hermosísimo. Ora se presentaba á la vista del ejército un tranquilo lago dominado por soberbio castillo de pintorescas almenas flanqueadas de imponentes torres, ora valles y campos cultivados, habitados por laboriosos y pacíficos campesinos. La marcha era, pues, descansada, padeciéndose tan sólo insoportable calor, digno de Egipto ó de Marruecos.

Sin embargo, una cosa llamaba la atención, y era la guerra incesante y eficaz que empezaban á hacer los aldeanos, como si quisieran remedar á los terribles guerrilleros españoles. Vagaban numerosas partidas en seguimiento del ejército francés, haciendo hábiles sorpresas y capturando con mucha frecuencia á los numerosos rezagados.

¡Desdichado del que llegaba á caer en manos de los *mujiks!*

Los veteranos que habían hecho la guerra en España encontraban muy particular el caso.

—¿Habrán venido á enseñarles á esos tártaros la táctita de guerrillas?—decíanse entre sí.

Y no se equivocaban. Miranda y Revoredo habían fundado ya una escuela de partidarios, que, como principiantes, no lo hacían mal, hasta el punto de haberse visto obligado Beauharnais á formar contraguerrillas, encargadas especialmente de guiar y recoger á los rezagados.

El 27 llegó la vanguardia bonapartista á Agopochina, donde hizo alto su ejército.

Llamó la atención de los franceses aquel lugar por un grandioso castillo y una magnífica iglesia de piedra que allí había, con cuatro hermosos peristilos á sus lados. Llenos de curiosidad, penetraron muchos en el templo, quedando sorprendidos ante la profusión de cuadros y pinturas murales que lo adornaban, los cuales recordaron á los inteligentes los que habían visto en Italia de las escuelas que los griegos fundaron después de la caída de Constantinopla.

Estaba muy embebido contemplando aquellas bellas imágenes el bizarro comandante Saligny, cuando, acertando á pasar el general duque de Orthez, le llamó, diciéndole en tono muy frío y extrañamente desabrido:

—Comandante Saligny, partiréis al momento á llevar estos pliegos á S. M. el rey de Nápoles. Buscadle hacia el camino de Moscou y no volváis sin su respuesta. ¿Entendéis, señor comandante?

El marqués de Lagarde salió de la iglesia, montó á caballo y partió, tomando por un llamado camino que era apenas un mal sendero, cortado á cada momento por barrancos. Largas horas anduvo galopando por aquella solitaria vereda, hasta que, entrada ya la noche, divisó un almenado castillo al través de cuyas ventanas resplandecían varias luces.

—¿Será Murat,—se preguntó, deteniéndose,—ó serán los rusos?

Pero antes de que tuviese tiempo de contestar á su mental pregunta vióse envuelto por una partida de cosacos que, lanzando sus feroces gritos de *¡Hurra! ¡Hurra!*, lo llevaron al castillo de Kowno.

VI

Los cosacos llegaron á una pieza que servía de cuerpo de guardia y entregaron el prisionero al que parecía ser su jefe. Hízole éste una seña á Saligny, y entraron ambos en un gran salón amueblado con todas las preciosidades que puede soñar una imaginación oriental y con todo el gusto de la más exigente moda de aquel tiempo.

La arquitectura era una mezcla de estilo bizantino y árabe. Multitud de cuadros de Rembrandt, Rubens, Rafael y Velázquez, encerrados en severos marcos, hacían de aquella estancia una galería digna rival de la célebre del *Ermitage*. Preciosas aguafuertes y rarísimas estampas del siglo XVIII, porcelanas de Sèvres y de la Casa de la China, arañas de prodigiosa labor, divanes, sillones y sofás de original estilo, todos de raras telas orientales, y grandes espejos de Venecia, completaban la riqueza artística de la suntuosa pieza.

Multitud de bujías colocadas en las arañas y en candelabros de bronce y cristal de Bohemia iluminaban espléndidamente la estancia.

Octavio vió á una mujer vuelta de espaldas, cuyas largas trenzas rubias se destacaban como dos gruesos cordones de oro sobre su negro vestido.

Volvióse la dama al oir los pasos de los dos recién llegados, y exclamó con indefinible acento de sorpresa y amenaza:

—¡Vos aquí, marqués de Lagarde!

Octavio, turbado y preso de violenta emoción, respondió:

—Señora, he caído prisionero.

—¡Azares de la guerra! ¿Tenéis que darme alguna queja de nuestros soldados?

—No, condesa: absolutamente ninguna. Han cumplido con su deber.

—Deploro, sin embargo, vuestra desventura, comandante.

—Señora, permitidme que no admita ni favor ni benevolencia. Soy francés, y, por lo que veo, vos rusa. Hagamos, pues, la guerra y resulte lo que resulte. Cuando yo pedí volver al servicio para combatir á los moscovitas sabía ya á lo que me exponía.

—Y, si os hubiesen dicho que teníais que caer en mi poder después de lo que ha ocurrido, ¿hubierais pedido también la vuelta al servicio... como mi marido?

—También, señora. Ni los cosacos me intimidan, ni me pueden ofender nunca las duras y desdeñosas miradas de una dama que se encuentre en el caso que vos.

—¡Quizás fiais demasiado!

—Señora, confío absolutamente en que me mandaréis fusilar.

—Comandante, no creería cometer ninguna injusticia si así lo dispusiese; pero, de todas maneras, cuidaría antes de someteros á algún consejo de guerra.

—La viuda de Conrado Wallewsky tiene motivos de sobras para vengar en cualquier francés la muerte de su marido, y más si logra tener prisionero, como tiene, al que presidió el tribunal que condenó á muerte al desdichado conde.

—Pues no hay que hablar más. La que se honra llamándose hoy condesa de Teglew va á mandar se cuelgue de una almena de su castillo al señor marqués de Lagarde. Tenéis de tiempo hasta mañana, para que no se diga que no os he dado tiempo para dictar vuestras últimas disposiciones.

—Gracias, señora condesa. Todas mis disposiciones están ya arregladas desde que salí de Borgoña.

—¿Allí está vuestra... señora?

—Sí, está allí.

—¡Ella en Francia y yo en el corazón de Rusia! ¡Extraño destino el nuestro!

VII

Octavio de Saligny no había perdido por un momento la serenidad. En cambio Aurora Osorio estaba pálida y agitada.

—¡Comandante! — exclamó de pronto con tono breve y amenazador.—¿Por qué no defendisteis á vuestro amigo cuando fué llevado á Varsovia y fusilado en los fosos de la ciudadela?

Lagarde no contestó.

—¿No sabíais acaso que la acusación de que fué objeto era debida al miserable despecho de ese duque, á quien abofeteé por infame y mal nacido? ¿Cómo vos, su compañero de armas, podíais creer que Conrado hiciese traición á la causa francesa y asesinase al general Roussel en el bosque de Ostrowona? ¡El, él, asesino!

—Condesa, fué una fatalidad, es cierto. El matador del general Roussel es un capitán de tiradores rusos.

—¿Lo sabíais, pues? ¡Oh! ¡Me dais horror!

—Lo he sabido después.

—¿Y las pruebas? ¿Por qué no las habéis presentado en seguida?

Octavio calló.

—Hablad. ¿Vive ese capitán? ¿En dónde está?

—Quizás sí. En Smolensko.

—¡Ah, Dios mío! ¿Cómo se llama? Decídmelo. Hablad, Octavio.

—Alejo Tchernicheff, del 5.° de tiradores de Volinia.

—¿Y, sabiéndolo, no habéis proclamado en seguida la inocencia de vuestro amigo?

Octavio de Salingy calló de nuevo.

—Corred, corred al punto y decídselo al virrey. Decidle que mande á buscar en seguida á ese oficial y rehabilite la memoria de mi esposo. Corred, corred, Saligny. Tomad los mejores caballos de los cosacos; todo, tomadlo todo.

—Señora,—repuso Octavio,—si salgo de aquí será para ir en busca del rey de Nápoles: esa es la orden que he recibido.

—¿Y la memoria de vuestro amigo? ¿Y mi honor?

—Señora, el duque de Orthez me ha mandado lo que os he dicho. He de cumplirlo.

—¿Pero pertenecéis acaso al estado mayor del duque?

—No, condesa.

—¿Y por qué os ha mandado, pues, abandonar vuestro escuadrón?

—El duque estaba en su derecho al darme la orden,—replicó Octavio.

Miróle Aurora, y, cogiéndole por una mano, exclamó rápidamente:

—Nada me neguéis. El duque os ha enviado hacia aquí para que os matasen. Sí: para que os matasen, porque le habéis revelado la confesión del oficial. ¡Comandante marqués de Lagarde, estáis libre! La condesa de Teglew lo manda. Desde este momento podéis disponer cuanto os convenga. No esperaba yo menos de vos, amigo mío.

—Gracias, señora,—contestó Lagarde.

VIII

Reinó profundo silencio en la estancia.

Saligny, de pie, estaba, al parecer, muy distraído: muy pensativa Aurora.

Un reloj, maravilla del siglo XV, construído por un artífice de Friburgo, dejó oir su argentino son, señalando las once de la noche.

El armonioso toque pareció que despertaba de su ensimismamiento á los dos personajes.

—Saligny,—murmuró Aurora.—¡Conrado fué villanamente asesinado!

—Sí,—respondió Saligny.—Fué asesinado por orden del duque. Había siete bolas en el consejo: yo, su presidente, fuí el único que dió bola blanca. Los demás estaban comprados. Todos son ya coroneles. ¡Pobre Conrado!

—El duque me vió en Varsovia y creyó que podría fácilmente ponerme en la lista de sus conquistas, entre la mariscala de Lugano y la condesa Diana de la Chategneraie. Ignoraba que mi hermano se llama Enrique de Osorio y es capitán de lanceros de D. Julián Sánchez; ignoraba que mi hermana está casada con el brigadier Espinosa.

Nublóse el rostro de Saligny.

—Perdonad, marqués, que haya evocado estos recuerdos; pero jamás mi corazón ha dejado de palpitar al oir el nombre de mi patria y jamás he podido soportar la vista de un afrancesado. Yo no soy afrancesada, Octavio. Yo no he amado más que á á mi Conrado, sin ver á qué nación pertenecía, como tampoco es afrancesada la condesa de Montespino. Ella amaba al marqués de Lagarde, no al comandante de Saligny.

—Es verdad,—repuso Octavio.

—Jamás dejaré yo de tenerme por la más envidiable de las mujeres siendo mi hermano capitán de guerrilleros. ¡Quién sabe si el orgullo más grande de la marquesa de Lagarde no consiste en ser madre de la mujer de Espinosa!

—Me estáis matando con vuestras palabras, condesa,—repuso Saligny.—¡Ah! ¡Decís la triste verdad! No se puede borrar de vuestro corazón la imagen de los que pelean por su patria contra nosotros. ¡Sois españolas!

—Sin repararlo he estado haciéndoos sufrir, Octavio. Perdonadme. ¡Oh! ¡Cuánto os parecéis á mi Conrado!

—¡Pobre Walewsky! Era, más que amigo, mi hermano del alma. Lo que Méndez y Miranda para Espinosa.

—¿Los conocéis?—preguntó Aurora.

—Sí, condesa. Los conozco á todos, y esa es una de las pocas dichas que he tenido en el mundo. Tres héroes, tres corazones. Espinosa, el honor, la lealtad en persona; Méndez, el entusiasmo, la hidalguía y la generosidad; Miranda, el tesón, la fortaleza, el ánimo inquebrantable y el gran servidor de los nobles ideales. ¡Ah! ¿Por qué ocultar nada? Pues bien, sí, os lo juro: si por algo me considero inferior á nadie es por no ser español, por no haber nacido en aquella tierra que tales caracteres produce. ¡Oh condesa! ¡Qué fortuna la vuestra! No hagáis caso de nuestros mariscales-príncipes, ni de nuestros duques divisionarios, ni de nuestras enfáticas victorias. Saint-Cyr, Augereau, Victor, Mortier, Mac-Donald, Latour, todos se han estrellado al querer venceros. Nada me conmueve tanto como ver á un *Empecinado*, á un Mina, á un Manso ó á un D. Julián Sánchez derrotar á los veteranos de Austerlitz, sin más auxilio ni inspiración que el de su patriotismo. Ahora mismo, si por algo encuentro grandeza en esta guerra que ha de ser causa de nuestro completo aniquilamiento, es por ver algo de España: el pueblo batiéndose, guerrilleros que nos hostigan, un alzamiento de labradores que se sienten ofendidos por nuestra presencia. Creedlo, Aurora: he preferido ver arder Smolensko que no habérsenos entregado. ¡Arda todo, pero que no ceda nadie por respeto á nuestros tambores mayores y al emperador!

IX

Mientras de esta suerte estaba hablando Saligny, un hombre que hasta entonces había permanecido de pie en un ángulo del salón, envuelto en un caftán negro, pues se dejaba sentir el frío aquella noche á pesar de lo caluroso del día, se fué acercando, y, cogiendo afectuosamente una mano de Saligny, exclamó:

—¡Gracias, gracias, marqués de Lagarde! Los soldados de La Albuera saludan á los vencedores de Smolensko.

—¡Miranda!—repuso Octavio, sorprendido al reconocer al guerrillero.

—El mismo, vuestro amigo, el que os ha traído aquí.

—¡Vos jefe de cosacos!

—¡Qué queréis! Me mandaron venir y vine. Os sorprendí, y lo siento.

—Pues creed que si algo puede consolarme es pensar que me cogió Miranda.

—Gracias, comandante; pero admitid mis cordiales y sincerísimas excusas por haber tenido semejante honor. En cambio, si la señora condesa de Teglew cree deber disponerlo así, Miranda será quien os guíe al cuartel general del virrey una vez sea ineficaz el parte que le traéis.

—Soy vuestro prisionero de guerra,—respondió Saligny.

—Comandante Saligny, estáis en poder de la hermana de Enrique Osorio y del comandante Miranda,—repuso Aurora.

Y, dirigiéndose hacia él y hablándole casi al oído, murmuró:

—Erais el amigo de Conrado Walewsky.

Octavio se estremeció:

—Mañana partiréis, comandante Saligny,—continuó diciendo,—solo, libre, con un pasaporte que os garantizará de todo tropiezo con nuestras tropas. Entretanto, permitidme que me retire, marqués. Vuestra vida será sagrada para todo soldado y patriota ruso. Estáis tan seguro entre nosotros como si os encontrarais en vuestro castillo de Borgoña. Marqués de Lagarde, la condesa de Teglew sabe los deberes que impone la hospitalidad.

—Dormid tranquilo, marqués de Lagarde: Miranda es el jefe que os ha de custodiar hasta dejaros en salvo en el cuartel francés.

El marqués de Lagarde saludó á ambos personajes, y al encontrarse solo en el espléndido retrete que se le había destinado exclamó, mirando un medallón que llevaba oculto en el pecho:

—¡Oh Julia! ¡Hija tuya parece la condesa de Walewsky!

—GRACIAS, GRACIAS, MARQUÉS DE LEGARDE

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUÍN LEGUINA
Comunidad de Madrid

CAPÍTULO II

Táctica

I

Al rayar el alba salía el marqués de Lagarde del castillo, acompañado de Miranda, después de despedirse de la condesa Aurora.

Los dos hombres llevaban sus caballos al paso y guardaban embarazoso silencio. Por fin dijo Miranda:

—Suerte ha sido, comandante, que os toparais con mi partida y no con ninguna otra, pues de no ser así era segura vuestra muerte. No podéis imaginaros en qué estado de irritación se hallan los paisanos rusos. Si Napoleón comprendiera el espíritu del país no se atrevería á prolongar más esta lucha, que ha de ser su total ruina. El sol de Austerlitz, eclipsado en Bailén, acabará por hundirse enteramente en estos áridos desiertos.

—Sois militar, Miranda, y comprenderéis que no nos toca más que observar una obediencia pasiva. El emperador lo manda, y esta es la suprema ley para la nación y para el ejército.

—Era un consejo que me permitía daros para que obraseis en consecuencia, tanto más en cuanto no sé cómo seréis recibido en el cuartel general en vista de vuestro percance.

—Diré la verdad y nadie podrá acusarme.

—No os fieis mucho. Ya veis cómo se hizo aparecer criminal al conde Walewsky sin serlo.

—Jamás dudé de su nobleza un solo momento.

—Pero el consejo lo componían siete, y sólo vos votasteis la absolución. Pues así puede formarse otro tribunal para que os juzgue.

—Yo sabré demostrar la inocencia de Conrado y hacer que se rehabilite su memoria.

—Por lo mismo que el duque de Orthez sabrá que os habéis visto con la viuda, tendrá más interés en perderos.

—Pero ¿qué misterio se encierra en ese fusilamiento?

—El duque de Orthez, digno seide y cortesano de Bonaparte, creyó deber seguir con la castellana de Kowno el procedimiento que suele seguir su amo cuando quiere apoderarse de una mujer, y trataba de cometer contra ella un verdadero atentado. Aurora, sin embargo, no era de esas *Rosettes* que cantan, llenas de agradecimiento:

Quel honneur!
Quel bonheur!
Ah, monsieur le Senateur!

Y, en vez de doblegarse á las brutales embestidas del duque, lo rechazó con toda la fiereza y desdén de una española, no, empero, sin que llegara á notar algo de ello el noble conde. Retóle éste al momento; pero el infame señorón no quiso admitir el duelo y prefirió comprar á un sargento para que declara-

se que el capitán Walewsky había asesinado al general Roussel.

—¿Y cómo Aurora es ahora la esposa de un magnate ruso, viuda apenas de un patriota polaco?

—Comprenderéis que el asesinato de Conrado le dejó poca afición á los franceses. Si hubiese podido trasladarse con facilidad á España, de fijo que allí hubiera acudido para tomar venganza. No tuvo, por lo tanto, otra alternativa, para combatir á los franceses, que pasarse á los rusos. Dirigióse, pues, hacia Smolensko, para desde allí presentarse al emperador donde lo encontrase, y ¡ahí era, precisamente en ese castillo, donde tenía su cuartel general el czar. Alejandro la consoló y mandó que le aguardara allí mismo, mientras él se dirigía á Smolensko. Volvió á los pocos días, yendo con él Teglew y yo. Al saber que en el castillo se hospedaba una española apresurámonos los dos á presentarnos á ella,

Al rayar el alba salía el marqués de Lagarde...

siendo indecible mi sorpresa al ver á Aurora de Osorio en un castillo de la Kaluga. Hace de esto seis días: el 22 de este mes de agosto. Teglew se sintió desde el primer momento perdidamente enamorado de la viudita, y le faltó tiempo para implorar del emperador que interpusiese su mediación para que Aurora se dignase quedarse en el castillo como dueña. El czar aceptó gustoso el ruego de su fiel vasallo, y consiguió que Aurora consintiese aquella misma noche en la boda, celebrada al ruido de clarines y entre la agitación de una marcha. Una vez el pope les hubo enlazado con los vínculos del matrimonio, volvió Teglew á montar á caballo, despidióse de la condesa y le dijo: «—Guardiana sois desde ahora de mi honor, y espero que sabréis cumplir con todos los deberes que nos imponen las circunstancias. Quedaos en el castillo, acordaos de que sois mi mujer y obrad en consecuencia, y confiad en que sabré vengaros.» Yo debí quedarme también como jefe de las partidas levantadas, y ahí tenéis explicado todo lo que os haya podido extrañar de cuanto os pasa y habéis visto.

De pronto se detuvieron: en el horizonte, hacia poniente, aparecía como una aurora fantástica.

—¡Es Wiazma que arde!—exclamó Miranda.—Pronto encontraremos á los rusos, que después de haber pegado fuego á la ciudad se replegarán hacia esta parte.

En efecto, al poco tiempo vieron aparecer por la carretera la vanguardia rusa.

II

—Dejadlos pasar,—dijo Miranda.—Son los únicos rusos que quedaban ya hacia allí. Ya sabéis ahora dónde encontraréis á vuestras tropas: en las ruinas de Wiazma. Ayer era una ciudad hermosísima, llena de magníficos palacios, una población casi recién construída, modelo de buen gusto. ¡Nada queda ya de ella!

—¡Esto es espantoso!—exclamó Saligny, que no podía contener el estupor que le causaba ver salir aquellos torbellinos de humo y llamas de la infeliz ciudad.

—Pues os queda aún mucho que ver. Reparad que os encontráis á seiscientas leguas de París.

Desfiló toda la columna, y al despedirse Miranda de Saligny le dijo:

—Espero que por vuestra parte no descuidaréis el asunto de la rehabilitación de Walewsky.

—Lo haré, Miranda,—respondió el francés.

Volvió el español grupas á su caballo y fué á reunirse con la columna, que marchaba hacia Proskow.

Lagarde llegó á Wiazma al cabo de una hora, después de haberse hundido varias veces en las cenagosas orillas del río que da nombre á aquella capital, y vió que era cierto lo que Miranda había dicho. Wiazma había sido una ciudad lindísima, según atestiguaban sus rectas y bien empedradas calles y los restos de los bellos edificios que el fuego había devorado. Los rusos la habían dejado á los franceses sin un solo techo que pudiera cobijarles.

III

El ejército francés estaba acampado en la llanura de Wiazma, imposibilitado de poder guarecerse dentro los muros de la plaza.

Lagarde se dirigió al cuartel general del virrey de Italia, situado en una colina á corta distancia del río.

El príncipe Eugenio recibió á Lagarde con exquisita cortesía.

—Señor,—le dijo Lagarde;—enviado á entregar un parte á S. M. el rey de Nápoles, me ha sido imposible desempeñar mi encargo por haber tenido la desgracia de haber caído prisionero de los rusos.

—Pues ¿cómo estáis ya de vuelta? — preguntó Beauharnais.

—Gracias á una señora española he podido tener la suerte de poder regresar al lado de mis camaradas.

—¿Una española en la provincia rusa de Kaluga?

—Sí, señor. La condesa viuda de Walewsky, hoy condesa de Teglew.

—¿La conocíais ya?

—Sí, señor.

—Os felicito por vuestra buena fortuna, comandante.

—Gracias, señor, ya que esta buena fortuna me permite militar otra vez á las órdenes de V. A. y á las de S. M. el rey de Nápoles.

—Volved, pues, á tomar el mando de vuestro escuadrón, comandante. Pero, si no fuese indiscreción por vuestra parte el responder, ¿no podríais darnos alguna noticia acerca del enemigo?

—Ninguna, señor.

—Basta, marqués. Sois un excelente soldado. Tomad, por lo tanto, el mando del regimiento. El coronel actual pasará á mandar el 2.°, y el de éste ascenderá á general de brigada, incorporándose por ahora á mi cuartel general. Vuestro regimiento irá á la vanguardia, á vuestras inmediatas órdenes.

—Gracias, señor. Aunque no merezco el honor que me otorgáis, acataré ciegamente vuestras órdenes.

El príncipe Eugenio tendió su mano á Octavio de Saligny y la estrechó con singular cordialidad.

IV

El marqués de Lagarde no tardó en lucir sus nuevas insignias y se presentó al general de su división, duque de Orthez.

El orgulloso aristócrata quedó, al parecer, asombrado viendo al marqués de Lagarde ascendido de dos empleos á un tiempo.

—Mi general,—exclamó Saligny,—tengo el honor de participar á V. E. que no he podido realizar el encargo que tuvisteis á bien confiarme con motivo de haber caído prisionero de las tropas rusas.

—Celebro en el alma, señor marqués,—contestó el duque con irónico acento,—que se hayan mostrado tan humanos con vos nuestros enemigos y que el sensible contratiempo que habéis experimentado os

haya valido, sin embargo, esos galones tan ambicionados que ostentáis.

—No lo extrañéis, mi general. He podido recoger en el castillo de Kowno curiosas noticias, que, una vez puestas en conocimiento de quien debe saberlas, no dudo habrán de dar lugar á alguna medida que ha de aplaudir mucho nuestro ejército.

—¿Qué habéis sabido en Kowno, señor marqués?

—Permitidme que guarde el secreto por ahora, mi general. Sólo os diré que, en virtud de ejercer el mando del primer regimiento de húsares de la cuarta división del 4.° cuerpo de caballería, voy á tomar algunas disposiciones que habrán de influir en gran manera en el concepto formado acerca el difunto conde Conrado Walewsky.

Palideció el general al oir estas palabras y repuso:

—¡Mirad bien lo que hacéis, coronel!

—Os prometo por mi honor que lo miraré con toda la paciencia, calma y atención de que soy capaz, mi general. Tanto, que hasta vendrán á declarar capitanes del 5.° de tiradores rusos de Volinia si llegase el caso.

El duque de Orthez perdió todavía más el color y exclamó con sarcasmo:

—¡Veo que la flamante condesa de Teglew os ha enterado á las mil maravillas!

—La condesa de Teglew no me ha enterado de nada, señor duque, sino de que hicisteis asesinar á su primer marido. Quienes me han enterado han sido otros. Por consiguiente, ó bien os batís conmigo en seguida ó tendré el sentimiento de acudir en contra vuestra al gran canciller de la Legión de Honor para que empiece por degradaros de las insignias que ostentáis.

—¡Coronel, quedáis preso! Id á presentaros para que se os arreste.

—General, obedezco.

Saligny saludó al duque y se dirigió en seguida á encontrar al general de su brigada.

—Vengo á deciros, general,—dijo,—que debo constituirme preso por orden de S. E. el general duque de Orthez.

—¡Vos preso!

—Sí, mi general.

—Pero ¿qué motivos habéis dado?

—He acusado á S. E. de haber hecho asesinar al capitán Walewsky.

—Gran responsabilidad contraéis, coronel Saligny.

—Lo sé de cierto, mi general. Presentaré pruebas, testigos que lo declararán.

—Sin embargo,—exclamó el brigadier sonriendo, —no tendríais más remedio que ir arrestado; pero como estamos en vísperas de tener, por fin, ese famoso encuentro con los rusos que siempre se desvanece, no puedo privar al regimiento de su coronel. En vista, pues, de las circunstancias, espero que os presentaréis en el Kremlin para que se os juzgue, quedando entretanto libre bajo mi única responsabilidad. Y á propósito: como sois, además de buen jinete, inteligente politécnico, quedaréis á mis órdenes como jefe de estado mayor.

—Gracias, mi general,—repuso el coronel. —¡Hasta Moscou!

V

El ejército siguió su marcha y llegó al cabo de la jornada á Kowno.

Saligny esperaba con cierta ansiedad encontrarse de nuevo en aquel castillo donde había pasado algunas horas felices oyendo hablar á Aurora en la lengua que hablaba su mujer.

Como iba á la vanguardia, fué el primero en penetrar en aquel suntuoso alojamiento que había abandonado aquella misma mañana; pero no pudo sufrir el espectáculo que se ofreció á su vista, verdadera imagen de la devastación.

Aurora había comprendido perfectamente el sentido de las recomendaciones del conde Teglew y el castillo no contenía un solo objeto que no estuviese hecho trizas. Los muebles todos aparecían rotos á pedazos. Los cuadros, arrancados de sus marcos, esparcidos por el suelo y reducidos á fragmentos. Los ricos objetos de arte, destruídos y convertidos en inútiles trozos. Todo mutilado, triturado y deshecho. Hasta las provisiones se habían hecho inservibles, por estar mezcladas con tierra, yeso y quizás con veneno. ¡Triste recibimiento!

Los franceses, que contaban encontrar allí facilidades para avituallarse y habían abrigado esperanzas de rico botín, se encontraron reducidos á contemplar un cuadro de completa ruina y horrible desorden. Todo indicaba que los habitantes del castillo habían destruído todas las riquezas que ence-

rraba en vista de la imposibilidad de llevárselas y antes de que pudiese aprovecharse de ellas el enemigo.

El ejército francés experimentó un profundo desaliento. Dejaba tras sí Wiazma ardiendo y se encontraba con el castillo de Kowno sin más que las murallas.

Saligny, recordando las palabras de Tchernicheff y la conversación de Miranda, estaba preocupado.

Inquietábale sobre todo que Napoleón obrase como emperador y no como general. Todo lo hacían Berthier y Murat, en quienes no fiaba gran cosa. Si hubiese visto á Davout al frente, quizás hubiera abrigado más confianza; pero no se la inspiraba ninguno de los otros dos mariscales.

A la vista de aquellas extrañas masas de gente recordaba las antiguas epopeyas. Parecíale el príncipe Eugenio un noble Hector, todo dulzura y valor; un Carlomagno Napoleón; un Menelao el príncipe de Eckmül, Davout; un Ulises, Daru; un Aquiles, Murat; pero pensaba también en que, además de los paladines, podía haber también Ganelones, y le inquietaban aquellos generales bávaros, sajones y austriacos que ejercían mando al frente de sus contingentes.

Al día siguiente continuó su marcha el ejército, apoderándose de Ghiat.

El emperador dió orden de que las tropas descansasen tres días, acantonándose allí, en Paulowo y Woremiwo, y de que limpiasen las armas.

Era seguro que se acercaba una gran batalla.

Sabíase que había tomado el mando en jefe del ejército ruso el héroe de las guerras de Turquía, Kutusoff, viejo y astuto guerrero, que abrigaba contra los franceses odio implacable.

Los rusos estaban cansados de retroceder y deseaban la pelea.

VI

Una vez hubo dejado Miranda á Saligny delante de Wiazma y presentádose al jefe de la columna rusa, corrió hacia Kowno á participar que los franceses no tardarían en llegar, en vista de la retirada del ejército ruso.

Aurora le preguntó si había adquirido alguna noticia respecto al paradero del capitán de tiradores Tchernicheff, que era precisamente el principal motivo por que se había incorporado momentáneamente el guerrillero á la columna rusa.

—El capitán Tchernicheff se encuentra en Smolensko, señora,—respondió el español;—pero declarará cuando llegue el caso. Lo que urge ahora es precavernos de cualquier sorpresa y hacer inútil á los franceses la posesión del castillo.

—Encargadlo á vuestros cosacos,—repuso Aurora.—Que vea el conde Teglew que sé comprender sus órdenes.

—¡Pobres salones!—exclamó Miranda, dirigiendo una mirada compasiva á aquellas magníficas estancias.—En fin, arda Troya y hágase todo conforme á la táctica rusa.

No tardaron en dar cuenta del castillo la tea incendiaria y la destructora piqueta.

En un momento quedó todo destruído. Parecía que hubiesen caído sobre Kowno las hordas de Atila ó un ejército de iconoclastas.

—¡Adelante!—exclamó Miranda una vez no quedó nada por destrozar.—¡Lástima que no le hayan dado un mando al señor duque de Dalmacia! A él, que le gustan tanto los cuadritos, le habría causado un verdadero placer ver todo esto... entero y cotizable.

Extraño espectáculo presentaba el ejército ruso al proseguir su retirada. Los reveses que había sufrido habían producido en él igual efecto que el que ocasionaban á los españoles las batallas que perdían. Unos y otros sabían que sería suya al cabo la victoria: la tenacidad ibérica y el estoicismo ruso habían de triunfar fatalmente de la actividad francesa, movida por el servilismo hacia un déspota.

Iban, pues, los soldados alegres y contentos, cantando con sarcástico tonillo canciones siniestras á cual más. Sabían que quemando las ciudades y albergues se perjudicaban ellos, pero que perjudicaban más todavía á los franceses. Corrían de boca en boca las legendarias hazañas de Gerona y Zaragoza, no abultadas, ciertamente, pero sí magnificadas por la distancia.

El calor que se dejaba sentir les impacientaba extrañamente, pareciéndoles que combatían en otro clima que el suyo.

—Nos falta el gran feldzt-mariscal,—decían con cierta nostalgia del invierno.

—Sin embargo, no es mal suplente el incendio,—respondían otros.

—Los dos reunidos van á hacer maravillas.

—¡Pobre Napoleón! Va á quedarse sin narices y achicharrado.

—¡El y todos!

—¿Vamos derecho á Moscou?

—Sí, derechitos, á menos que el viejo no disponga otra cosa.

—Pues de veras siento no pelear antes un poquito.

—Creo que Kutusoff querrá ensayar alguna batalla.

—¡Malo! Yo, de él, no me expondría.

—Si nos derrotan queda Rostopchine.

—Queda Rostopchine, es verdad.

Todos los soldados hablaban á la vez de Rostopchine, pero no así como así, sino como si hablaran de algo diabólico y formidable.

VII

—¡Cómo arde todo! Desde aquí se ven las llamas de Wiazma y de Proskow,—decían unos soldados rusos al verse á la otra parte del riachuelo de Lonzos.

—¡Ya hemos quemado Smolensko, Wiazma y Proskow!

—¡Qué infierno para los franceses!

—¡Pronto refrescarán!

En aquel momento pasó á galope una amazona, seguida de dos acompañantes.

—¿Quién es esa?—preguntáronse los soldados.

—¿Quién ha de ser? ¡La condesa!

—¿Qué condesa?

—La condesa de Teglew. Una española que se llama Aurora.

Advirtamos que este nombre se pronuncia lo mismo en ruso que en español, por lo cual era simpático y familiar á los cosacos.

—¿Aurora? Pues se llama como mi novia. Igual.

—Tiene un hermano que hizo prisionero al general Renaud, y un pariente general. Miranda es amigo de ellos.

—Bien se ha portado. Ella misma ha dado la orden de pegar fuego al palacio.

—¿Nos vamos ya á Moscou?

—No se trata de eso: antes hemos de probar fortuna.

—Lo que es yo no entro en la capital sin descargar antes mi fusil. Ya estoy cansado de volver la cara á los franceses.

—¡Alto!—se oyó decir entonces, repitiéndose la palabra como un eco de una en otra compañía.

Los rusos se detuvieron junto á una casa de postas llamada *la Ghridneva,* fortificándose allí rápidamente.

Empezaron á retumbar los cañonazos de la artillería francesa.

Los cosacos se aprestaron para ir de descubierta, topándose al cabo de un rato con la caballería bávaro-italiana de Napoleón.

Retiráronse los jinetes rusos, cediendo la palabra á las baterías.

Los cañones rusos empezaron á vomitar metralla contra los invasores.

Al frente de la caballería napoleónica se veía un general que hacía prodigios de intrepidez, único que llevaba penacho blanco.

Era un rey, el de Nápoles, Joaquín Murat.

VIII

Sin reparar en las balas que diezmaban su estado mayor, detúvose para hablar con otro general, superior suyo, Eugenio Beauharnais, virrey de Italia.

—Si esperan pasar la noche en donde están,—decíanse los rusos,—tendrán que resignarse á hacer un riguroso ayuno.

—Pues no les vendrá muy bien, después de la jornada que han llevado hoy.

—No hay más que tener paciencia.

La acción se prolongó hasta la noche, sin que los rusos hubiesen sido arrojados de sus posiciones.

Los cosacos se habían esparcido, entretanto, á uno y otro lado, talándolo todo

Antes de la madrugada se dió orden de retirada, abandonando los rusos la casa de postas.

Al rayar el alba estaban formados los escuadrones de retaguardia en lo alto de una colina, alrededor de un hermoso castillo previamente saqueado. Aguantaron allí las embestidas de la caballería bávara, y luego siguieron replegándose, atravesando un bosque y tomando posición en un inmenso cerro á media legua.

Allí estaba Kutusoff.

Los franceses divisaban á su derecha, en una hondonada, la abadía de Kolotskoi, cuyas altas torres la hacían asemejar de lejos á una gran ciudad. Brillaban al resplandor del sol levante las rojas tejas

de sus tejados y cúpulas por entre la espesa polvareda que levantaba la caballería, cuyas lanzas, sables y tercerolas, lanzando acerados reflejos, hacían resaltar más el aspecto desolado y salvaje de la campiña, sin frutos ni plantas, arrasada toda.

Estaban convertidos en rastrojos los sembrados, en montones de humeantes ruinas los lugares, en un raso los bosques.

¡Ay de los napoleónicos si los rusos hubiesen conseguido detenerlos allí tan sólo cuatro días! ¡Más les hubiera valido encontrarse en medio del desierto de Sahara!

Nada encontró que comer el ejército francés una vez hubo desembocado en la llanura al pie del cerro donde se había hecho fuerte Kutusoff. Ni forraje ni grano para los caballos, ni un albergue para los que lo necesitaban.

Pasaron algunas horas.

Los franceses, acampados en la llanura, ardían en deseos de embestir cuanto antes la posición donde estaba atrincherado el enemigo.

IX

A las dos de la tarde presentóse Napoleón en el campo de batalla.

Entablóse la acción, tomando los polacos de Poniatowsky un reducto avanzado, aunque costándole la victoria la pérdida de un batallón entero del 61.

Prolongóse la refriega toda la tarde y siguió entrada ya la noche.

Los franceses no habían podido avanzar, contenidos por las fortificaciones levantadas por Kutusoff.

Los lugares incendiados prestaban desde gran distancia su rojiza claridad á un espectáculo horrible.

Los gritos furiosos de los combatientes, los ayes é imprecaciones de los heridos, la confusión de un combate librado al fulgor de los fogonazos de cien cañones vomitando balas y metralla, ofrecían un cuadro de espantosa devastación.

El cuerpo de ejército del virrey Beauharnais, en medio de la oscuridad, aguantaba sólidamente las acometidas de los rusos, sin hacer uso de las armas, apretándose á cada hueco que causaban en sus filas las balas moscovitas.

Sin embargo, las sombras de la noche envolvían á cada momento con mayor lobreguez el campo de batalla.

Poco á poco fué cesando el tiroteo.

Los franceses vivaquearon allí mismo donde habían combatido.

Los rusos, acampados en una colina en forma de anfiteatro, encendieron infinidad de hogueras, cuya resplandeciente claridad producía un efecto mágico, contrastando con las tinieblas en que yacían los vivaques de los franceses, privados de leña por haber talado los rusos en su retirada todos los bosques que habían encontrado al paso.

De pronto empezó á caer una lluvia menuda y fría, casi helada, á pesar de ser aquel día el 5 de septiembre.

Algunos generales se habían guarecido bajo tiendas de campaña; pero el ejército estaba echado sobre los matorrales, insensible á la lluvia de puro rendido.

En el vivac reinaba profundo silencio, sólo interrumpido por el rumor de los pasos de los centinelas y los gritos de *¡Alerta!*

Á media noche un grupo de hombres se acercó á la tienda de un oficial.

—Comandante Saligny: el emperador os manda llamar,—dijeron.

El marqués de Lagarde se puso en marcha hacia la tienda imperial, donde se encontraba Napoleón con varios mariscales.

—¿Sois vos el autor del plano del terreno donde están acampadas las tropas?—preguntó en tono de satisfacción el déspota.

—Sí, *sire*.

—Partid, pues, ahora mismo para rectificarlo. Acercaos cuanto podáis á las líneas enemigas y traedme cuantos detalles podáis adquirir. De vuestra actividad depende que os haga general después de la batalla.

—Señor, sabré cumplir lo que me mandáis,—respondió Octavio.

Cuando Lagarde hubo salido de la tienda volvióse Napoleón al duque de Orthez y le dijo:

—¡Famoso oficial tenéis, *mio caro ducca!* Lo que es á ese os guardaréis muy bien de mandarle fusilar sin mi permiso.

CAPITULO III

El Moskowa

I

Saligny, libre bajo la palabra de su general, había demostrado ser un brillante oficial de estado mayor.

Desde que se había reincorporado al ejército en Wiazma hasta la tarde en que acamparon las tropas al pie de las posiciones rusas, eran inapreciables los servicios que había prestado.

Sacábanse entonces, y aun creemos que ahora, en Francia, los oficiales de estado mayor de entre los que más se distinguían en los cuerpos por sus condiciones especiales. Saligny era conocido de todos por sus variados conocimientos, habiendo figurado en su juventud como uno de los más aventajados alumnos de la Escuela Politécnica.

Napoleón había quedado muy satisfecho del plano levantado la víspera por el marqués de Lagarde, á quien precisamente, con objeto de favorecerle, habíale su general indicado para aquel objeto.

Saligny salió del campamento en seguida de recibir la orden imperial.

En Rusia es sabido que son cortísimas las noches, no siendo raro poder leer con la luz del día á las diez de la noche en la primavera y el otoño.

Dirigióse el nuevo coronel, solo, hacia las trincheras rusas y cumplió lo que se le había encargado, no sin recibir algunos tiros, que no le ocasionaron, afortunadamente, daño alguno.

Los tiradores rusos tenían en aquella época la desgracia de entregarse con demasiada intemperancia á la bebida, lo cual desvirtuaba en gran manera la eficacia de su puntería, certera si estaban serenos.

Algunos cosacos corrieron á escape tras él; pero de todo se salvó.

Presentóse al emperador, entrególe el plano, y cuando, á una seña de Napoleón, iba á retirarse, le dijo éste:

—Id á agregaros al cuartel general del virrey.

Sonaron clarines y tambores anunciando la diana y empezó á moverse el ejército francés.

En aquel momento recibía el emperador el parte de la derrota de Marmont en los Arapiles.

II

Del plano rectificado por Saligny se deducía que el campamento ruso estaba detrás del río Kaluga, en un cerro muy estrecho, y que la parte más flaca era su derecha, á consecuencia de la pérdida del reducto tomado el día antes.

Enfrente del cuerpo del virrey estaba la aldea de Borodino, formidablemente fortificada, siendo el punto de confluencia de un arroyo con el Kaluga, del que era tributario.

En lo alto tenían establecidos dos grandes reductos, uno de ellos levantado alrededor de las ruinas de una aldea, derruída con el objeto de emplazar allí la artillería.

Dicho reducto se comunicaba con Borodino por medio de tres puentes sobre el río antes citado, de manera que la aldea y el río servían á los rusos de primera línea.

Todo este terreno estaba defendido por los dos grandes reductos y otros muchos más levantados á lo largo del río, pero cubiertos.

Tal era la derecha rusa.

En cuanto á su izquierda, la formaba el cerro, al cual estaban bastante próximos los franceses, detenidos por el reducto mayor.

Todo el día se pasó en nuevos reconocimientos, en levantar espaldones para las baterías sitiadoras, y en conferencias con los jefes de cuerpo, quedando todo dispuesto para una acción decisiva.

Por la noche recibieron los generales una proclama bajo sobre, con orden de no leerla al día siguiente á los soldados sino en caso de que se entablase la batalla.

Creían algunos que los rusos continuarían en su sistema de rehuir todo combate; pero no era lógico suponer tal cosa habiendo reemplazado el belicoso Kutusoff á Barclay y Bragation. El viejo héroe de las guerras con Turquía era de otro temple, además de que no podía aplazarse más la resistencia activa por distar sólo tres jornadas la capital moscovita.

Aparte de esto, el ejército francés estaba muy mermado á consecuencia de las grandes fatigas padecidas en tan continuas marchas, quedando en su virtud igualadas las fuerzas de los dos adversarios.

No estaban menos extenuados los caballos que los hombres, lo cual, sabido por los rusos, les animaba á confiar en la victoria.

A su vez, los franceses, sabiendo que no les quedaba más recurso que vencer ó morir, deseaban salir ya de aquella angustiosa situación en que se encontraban, seguros de que en Moscou se resarcirían de tantas penalidades y escaseces como padecían desde el principio de la campaña. La desesperación les sostenía y animaba, y, así, estaban resueltos á ganar á toda costa para no perecer miserablemente en medio de aquel desolado país, á donde no podían llegar ni convoyes ni auxilios.

Lo que más atormentaba á los franceses era la falta de sueño, de modo que las guardias de noche se hacían por voluntarios que se encargaban de velar; «hombres,—dice un testigo presencial,—que en las tinieblas de la noche, cuando las hogueras de los vivaques despedían aún algunos moribundos resplandores, con las armas puestas siempre en pabellones y acostumbrados á meditar sobre el campo de batalla, reflexionando sobre lo extraordinario de su expedición y las consecuencias que tendría una batalla que debía decidir la suerte de los dos imperios, comparaban entonces el silencio que reinaba en la noche con el tumulto y estruendo del día siguiente. Creían en su imaginación ver cernerse la muerte sobre las cabezas de sus compañeros de armas; pero la oscuridad de la noche no les permitía distinguir las víctimas que se apropiaba. Ellos mismos pensaban entonces en sus padres, en su patria y en los objetos más caros que en ella tenían; pero pronto las ideas melancólicas que les sugerían estos pensamientos eran arrebatadas por el torbellino de otras que revolvían en su mente.»

Así pasó para muchos la noche del 6 al 7 de septiembre de 1812.

Saligny había velado, escribiendo una larga carta á su mujer. Como conocía bastante el idioma ruso, cuidó de trazar algunos renglones en dicha lengua, rogando que si la carta caía en poder de algún soldado ruso la hiciese llegar á su destino.

III

Aun no había rayado el alba cuando clarines y tambores tocaban diana.

Formáronse en seguida en batalla los regimientos, después de lo cual redoblaron los tambores, y cada capitán, rodeado de su compañía, leyó la siguiente proclama, que no vacilamos en dar á conocer aquí por la energía de su estilo, modelo de elocuencia militar, dictada por Napoleón. Decía así:

«¡Soldados! ¡Hé aquí la batalla que tanto deseabais! La victoria está en vuestras manos. La necesitamos para proporcionarnos la abundancia, buenos cuarteles de invierno y el pronto regreso á la patria. Repetid los prodigios de Austerlitz, de Friedland, de Witepsk y de Smolensko, y la posteridad más remota recordará con orgullo vuestro comportamiento en esta jornada, diciendo de vosotros: —¡Estuvo en la gran batalla de las llanuras de Moscou!

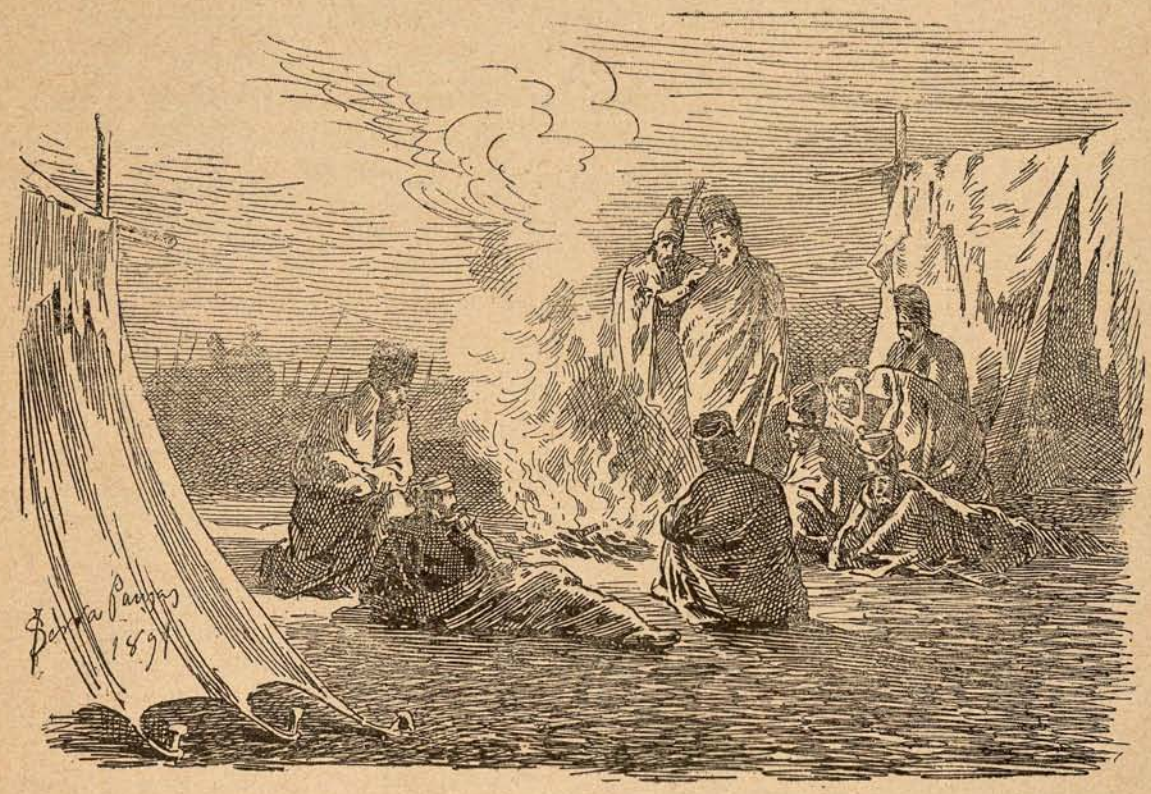
»NAPOLEÓN.»

Inmensas aclamaciones acogieron las palabras del emperador.

Los ambiciosos de gloria veían ya la ocasión de adquirir mayor renombre. Cada cuerpo ó división, señalado por su heroísmo, quería añadir nuevos timbres á los ya conquistados. Animaba á muchos la esperanza de la recompensa. Otros, persuadidos de que una derrota era un decreto de muerte, ansiaban llegase el momento de salir de aquel insoportable estado.

Al general instinto de conservación añadíanse las ideas de deber y honor, el espíritu de cuerpo y la aspiración de sobresalir para legar un nombre al aplauso de la posteridad.

Una sola circunstancia cohibía el general entusiasmo, y era la pálida luz del alba del Norte. Los



Así pasó para muchos la noche del 6 al 7 de septiembre de 1812

pechos inflamados se encontraban mal en medio de aquella sombría llanura, envuelta en densa niebla.

Súbitamente rasgóse la bruma y apareció esplendoroso y radiante el astro del día.

—¡Ved ahí el sol de Austerlitz!—exclamó Napoleón, saliendo de su tienda.

Al punto corrió por todo el ejército la histórica frase del emperador, acabando de entusiasmarse las tropas con aquel glorioso recuerdo.

Los dos ejércitos se encontraban frente á frente, á la vista uno de otro. Los artilleros junto á sus piezas con la mecha encendida, los soldados preparándose á hacer fuego, los jefes esperando una señal.

Dieron las seis.

Disparóse al punto un cañonazo desde el reducto de que se habían apoderado los franceses el día antes, y ciento veinte piezas, colocadas al extremo de la derecha francesa, contestaron á la señal.

Había comenzado la batalla del Moscowa.

IV

La derecha napoleónica era la encargada de abrir el fuego.

Estaba á su frente el admirable príncipe de Eckmül, el noble, desgraciado, dignísimo y valiente Davout, uno de los pocos hombres merecedores de universal respeto, la más honrada y caballeresca figura del primer imperio, ejemplo de lealtad, de virtud, de prudencia, de humanidad y decoro.

Mandaba Davout el primero y quinto cuerpos. Eran los únicos bien organizados, revelando la dirección bajo que estaban.

Por lo demás, todos los prodigios de organización

de aquel ejército se debían igualmente al príncipe de Eckmül, siempre malquisto de Napoleón, que estaba celoso de él.

—No parece sino que este ejército sea suyo y que Davout sea el que mande,—decía Bonaparte al ver en todas partes la huella del talento organizador de aquel ilustre guerrero.

La batalla comenzaba furiosamente.

V

El general Peretti, con treinta piezas de artillería, había rodeado las trincheras rusas, cuyos defensores hacían un fuego mortífero.

A las seis y media caía muerto el general Compans. A las siete mataban el caballo de Davout. Todos los coroneles estaban á la cabeza de sus regimientos dando ejemplo, batiéndose como simples soldados.

Hacia el centro. Ney, protegido por sesenta cañones en batería y apoyado por el cuerpo de caballería de Latour-Maubourg, cargaba á la cabeza de sus jinetes las masas rusas, formadas en cuadro alrededor del reducto grande.

La división Delzons entraba en Borodino á la bayoneta, encontrándolo ya pasto de las llamas.

Una vez allí, atacó el 106 de línea uno de los tres puentes sobre el Kaluga, que, como hemos dicho, unían el cerro con el pueblo, costando la vida al general Plansonne y estando á punto de caer prisionero el regimiento.

A las ocho el príncipe Eugenio se apoderaba del reducto, coronando la artillería francesa las alturas poco antes ocupadas por los rusos y cogiendo gran parte de sus piezas.

Los rusos se retiraron á su segunda línea.

¿Así habían de perder la batalla cuando apenas estaba comenzada?

VI

Kutusoff se vió apurado, pero no por eso desmayó.

Comprendiendo que todo estaba perdido para Rusia si no hacía un supremo esfuerzo, trató de dar otro aspecto á la batalla y de tomar la ofensiva en vez de permanecer á la defensiva. La resistencia iba á cambiarse en ataque. Quizás aun era tiempo de salvar la patria.

Además, sus cincuenta años de gloriosos servicios no podían verse anulados por un combate de dos horas.

Sublime espectáculo era ver á aquel valiente anciano arengando á sus generales, arengando á sus soldados y comunicando á todos el fuego que le inflamaba.

—¡La reserva!—exclamó.

Agregóse la reserva á las anteriores fuerzas, y todo el ejército ruso embistió las trincheras de que acababa de ser arrojado.

Trescientos cañones franceses vomitaban un diluvio de proyectiles contra los contrarios, sin conseguir detenerlos.

Los rusos, lejos de retroceder, avanzaban como una avalancha.

—¡Adelante!—gritaba Paskewitz.

Un *¡hurra!* inmenso ahogó el estrépito del combate.

Los rusos habían recobrado su reducto, cogiendo prisionero al general Bonamy y rechazando con grandes pérdidas á la división Morand.

Kutusoff quiso entonces completar la ventaja adquirida rompiendo el centro francés, sobre el cual había girado la derecha de Davout.

Estaban ya los rusos á punto de reconquistar el otro reducto, perdido dos días antes, cuando se presentó Friant con su división y ochenta cañones, deteniéndose las columnas de la guardia imperial de Alejandro y la reserva.

Aquella irresolución fué causa de que perdieran la batalla.

Murat mandó á la caballería de Latour-Maubourg que embistiera, y los escuadrones se lanzaron impetuosamente por entre los claros que había abierto la metralla de Friant en las apiñadas masas de los contrarios.

El centro ruso cedió.

Quedaba ahora por tomar por segunda vez el gran reducto.

Beauharnais manda á su derecha que ataque, formada en batalla.

El reducto hace, empero, un fuego tan espantoso, que los franceses titubean y retroceden.

Al ver aquel movimiento, corre Beauharnais hacia los fugitivos, detiéneles, arenga á cada batallón, á cada regimiento, apostrofa á los soldados, y, colocándose por fin al frente de las columnas, desatendien-

do el peligro y olvidado de todo riesgo, consigue enardecer el decaído ánimo de sus tropas, que marchan de nuevo á los parapetos.

Los rusos resistían, empero, heroicamente, dando muestras de una tenacidad á toda prueba y resueltos á no ceder.

Mandaba en el reducto el conde de Teglew y pensaba en Rusia.

Y pensaba también en Aurora.

La consigna era: *Morir antes que rendirse.*

VII

El fuego del reducto era más que mortífero, más que devastador: era horrible, sobrehumano, espantoso. Parecía imposible que de aquellos muros salieran tanto hierro y tantas llamas.

Beauharnais recorría desesperadamente la línea de circunvalación.

Atacaban Broussier con sus regimientos de línea, Nansouty con la caballería pesada, los carabineros de Lepaultre, los húsares de Pajol y los coraceros de Montbrun.

Estos últimos se arrojaron sobre los parapetos exteriores, coronando sus adarves, pareciendo el reducto, por un momento, como un monte de hierro que se moviese.

¡Espectáculo magnífico en medio de su horror! El resplandor de las lanzas, sables, cascos y corazas, que reverberaban á los rayos de un sol refulgente lanzando una inmensa irradiación de destellos, se mezclaba con la blanca humareda y los rojos fogonazos de los cañones, que vomitaban mortíferas rociadas de metralla. Según la enérgica expresión del ilustre general Felipe de Segur, historiador insigne de aquella memorable campaña, el reducto asemejaba «á un volcán en medio del ejército.»

Valientes y denodados eran los coraceros de Montbrun; pero también certero y vigoroso era el fuego que les hacía la infantería de Ouvaroff.

De pronto una bala mató al valiente general, honor de la caballería francesa, y la división se retiró en desorden.

Nublóse el semblante del príncipe Eugenio, tanto por la pérdida de Montbrun como por la desastrosa huída de los coraceros, y, desesperado, gritó:

—¡Grouchy! ¡Salvad la Francia!

El general en jefe del tercer cuerpo de caballería púsose entonces á la cabeza de sus regimientos de húsares y, cargando impetuosamente á la infantería de Toutchkoff y de Baggobouth, apostada en un barranco, se apoderó otra vez de las trincheras, muriendo el general A. Caulaincourt, que había reemplazado al malogrado Montbrun.

Al propio tiempo el virrey, al frente de la división Broussier, atacaba por la gola y entraba dentro, viendo caer á su alrededor, muertos ó heridos, á la mayor parte de sus ayudantes.

VIII

No esperaba Kutusoff aquel desesperado ataque, por lo cual fué grande su consternación al ver el reducto en poder otra vez del enemigo.

Mandó, pues, que los coraceros de la guardia imperial fueran á caer sobre los coraceros franceses, obligándoles á evacuar aquel sitio.

Horrible fué el choque entre las dos trombas de hierro. El encarnizamiento con que se degollaban unos y otros era monstruoso. Por fin, repelidos los coraceros moscovitas, no quedaba más que apoderarse de los últimos atrincheramientos y del interior del fuerte.

Presentaba esta parte un aspecto desgarrador: pirámides de cadáveres amontonados, heridos que se arrastraban lastimosamente por el suelo lanzando dolorosos gemidos, apenas perceptibles en medio del infernal fragor de gritos y descargas; esparcidos por tierra miles de pertrechos, fusiles, tambores, ruedas, morriones, cajas, lanzas, informes restos humanos, balas, cornetas, culatas, banderas, correajes y cartucheras. Los parapetos estaban desmoronados, arrasados los espaldones y derribadas las troneras, cuyo sitio anterior sólo se conocía por los cañones desmontados que se ofrecían á la vista, destrozadas las cureñas.

Un grupo de soldados se detuvo con respeto ante un artillero ruso moribundo que llevada tres placas en el ojal de la casaca. Aquel valiente tenía en una mano una espada rota y con la otra estaba abrazado al cañón que con tanta fidelidad había servido. Ningún soldado ruso quiso rendirse, prefiriendo todos morir acuchillados, como así fué.

Teglew, rodeado de un corto número de oficiales, resistía aún en un rincón del reducto, matando á balazos á cuantos se atrevían á presentarse ante su

vista. Por fin, arrojó sus pistolas, y, empuñando la espada, arrojóse sobre los franceses para recibir la muerte, cumpliendo con lo antes jurado de vencer ó morir.

La brutal soldadesca, empero, movida por el deseo de poder presentar á Beauharnais un prisionero de tanta entidad, en vez de atravesarle á bayonetazos lo llevó ante el virrey.

Este recibió afablemente al heroico gobernador, y, llamando á un coronel, mandó lo presentase á Napoleón.

Teglew, lleno de sangre, destrozado el uniforme, desnuda la cabeza, pálido y altanero, exclamó:

—¡Matadme! Debéis matarme, ó, si no, me mataré yo.

—¡Oh, no!—respondió en ruso el coronel encargado de conducirle ante el emperador.—Habéis hecho por la patria lo que basta á inmortalizar vuestro nombre. Pensad en la condesa.

Teglew se estremeció, y, mirando al coronel, le dijo:

—¿Conocéis vos á mi mujer?

—De largos años. Soy Octavio de Saligny, vuestro admirador antes que enemigo. Seguidme, pues, y confiad en mí.

Los dos hombres salieron del reducto y se encaminaron detrás del centro de batalla, donde se encontraba el emperador.

IX

La toma del reducto y el rompimiento del centro no había decidido todavía la jornada.

La izquierda rusa resistía todavía con obstinación, al mando de Bagration, siendo menester que Ney en persona se pusiese al frente. Bien se portó el denodado general.

De la derecha rusa arrojáronse entonces grandes masas de cosacos de Platoff, obligando á la brigada de Debrous á formarse en cuadro á un lado de Borodino. El cuadro resistió, por lo cual los cosacos se lanzaron entonces contra la caballería de Ornans, que formaba en la extrema izquierda francesa, y la desbarataron.

El virrey, que se hallaba á la sazón en dicho punto, debió entonces encerrarse en el cuadro que mandó formar al 84 de línea, y, haciéndole mover, consiguió escapar.

Los rusos retrocedieron otra vez hacia sus líneas, avanzando, en cambio, las baterías francesas.

Beauharnais regresó al reducto grande y se colocó en un parapeto, para observar desde allí los movimientos de los rusos. Una lluvia de balas hacía milagrosa la existencia en aquel paraje. No podía decirse que el príncipe Eugenio no expusiese su vida de una manera temeraria, á pesar de la criminal conducta de Napoleón al repudiar á su madre. Habíanle muerto el caballo y caído exánimes á su lado multitud de ayudantes, los generales Giffengo y Bellisomni y varios caballerizos.

A pesar de la pérdida de los dos reductos, todavía les quedaba otro á los rusos, separado de los anteriores por el profundo barranco de Psarewo y situado en lo más alto de un elevado cerro.

Desde allí hacían un mortífero fuego contra los franceses que estaban en los dos fuertes, obligándoles á resguardarse en los caminos cubiertos y al amparo de las trincheras. Allí murió de una bala de cañón el general Huard, hermano de armas del general Plansonne, de quien ya hemos dicho que cayó atravesado de un balazo al cabo de una hora de comenzada la batalla.

La inseparable amistad que unía á aquellos dos valientes hizo que fuera más sentida su muerte. Fueron enterrados juntos en el campo de batalla.

Por lo demás, no había división que no hubiese perdido algún general, cosa nada extraña siendo continuos los combates cuerpo á cuerpo. Los más conocidos fueron: A. Caulaincourt, Plansonne, Huard, el valiente Montbrun, Bonamy, Compere, Mario, Lanabere, Lepe y Romeuf. Cayeron heridos: Davout, Grouchy, Nansouty, Latour-Maubourg, Friant, Rapp, Compans, Dessaix, Lahoussaye, etc.

El verdadero héroe fué Eugenio Beauharnais, que escapó cien veces de milagro de una muerte cierta.

El príncipe de Eckmül contribuyó en gran manera al éxito de la jornada tomando á los rusos por la espalda sus posiciones de la derecha desde el principio de la batalla, con lo cual facilitó el rompimiento de su centro. Sin embargo, nada pareció agradecerle Napoleón al inteligente mariscal que le había organizado aquel ejército. Entre Davout y Bonaparte no era posible que hubiese jamás inteligencia, pues el déspota no gustaba de caracteres tan enteros, graves y enérgicos como el del mariscal, mortalmente odiado por Berthier y Murat y no menos aborrecidos por él. El disfavor de Napoleón

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUÍN COSTA

no se alteró, pues, por el servicial papel representado por Davout en la batalla.

No fué sólo esto, sino que al proponer al emperador una maniobra que había empleado en Wagram, haciéndole dueño de la victoria, y con la cual hubieran podido tomarse los reductos acto continuo de empezar la batalla, rehusó Bonaparte aceptar el plan, escuchando mejor los consejos de Berthier y de Murat que no los del vencedor de Auerstaedt.

En cuanto á Ney, su heroísmo y bravura fueron admirables aquel día. Gracias á su denuedo rechazó á los rusos, que le dejaron dueño del campo derecho, pero no hizo tanto como Eugenio Beauharnais ni como Davout. A pesar de esto, fué premiado con el título de príncipe del Moscowa. ¡Misterios!

X

La victoria era de los franceses; pero no por eso cejaron los moscovitas en hacer fuego, disparando su artillería y haciendo considerable daño.

Los polacos, apostados detrás del reducto grande, se vieron obligados á echar rodilla á tierra para librarse de las balas de Kutusoff.

Al anochecer mandó Beauharnais cesar el fuego. El último reducto ruso que quedaba, en vista de que no se contestaba á sus disparos, calló también, y sólo de vez en cuando enviaba algún proyectil al campo francés.

A las diez de la noche el ejército moscovita evacuaba la fortaleza y se retiraba por Mojaisk. Napoleón no quiso continuar la persecución de Kutusoff, porque para ello hubiera sido preciso valerse de la guardia imperial y quería conservarla intacta.

El tiempo, que durante el día había sido magnífico, cambió enteramente al oscurecer, dejándose sentir un frío glacial.

Soldados y generales conocieron aquella noche lo que era el clima ruso. Expuestos á la intemperie, debieron sufrir por vez primera la crudeza de una noche pasada en campo raso.

Pasáronse por fin aquellas horas de insufrible desabrigo, y los vencedores se convencieron de que los rusos estaban ya muy distantes del campo de batalla.

Dióse orden de practicar un reconocimiento en toda la extensión del mismo, y púdose entonces juzgar de las pérdidas experimentadas por una y otra parte.

En más de una legua no había un palmo de terreno que no estuviera cubierto de muertos y heridos.

Muchos de ellos formaban un círculo alrededor de un hoyo: eran víctimas de una bomba que había estallado en medio de un grupo.

Hombres y caballos yacían revueltos, formando pirámides. El suelo estaba como sembrado de balas y trozos de granada y cubierto de pertrechos.

En los barrancos se habían refugiado millares de heridos. Hacinados unos sobre otros, desamparados y bañados en charcos de sangre, exhalaban horrorosos gritos y prorrumpían en lastimeros clamores, pidiendo agua, socorro ó la muerte.

—No podemos hacer nada por vosotros,—les contestaban los franceses.—Nuestros hospitales de sangre están atestados. Moríos pronto.

Otros, menos inhumanos, les prodigaban estériles consuelos, pero pasaban de largo.

A pesar de haber costado la victoria á los franceses 9,000 muertos y 13,000 heridos, la pérdida de diez generales de distinguida historia y un gran número de bajas de oficiales, con todo, había distado mucho la batalla de producir un resultado decisivo.

Debieron contentarse con la toma de 50 cañones y algunos miles de prisioneros, no muchos, pues los rusos se habían hecho matar antes que rendirse.

Kutusoff marchó hacia Mojaisk.

Con él iba Miranda, convertido en general y llevando á su lado á un apuesto coronel.

Era Francisco Revoredo, que aquel día había hecho prodigios de valor; Revoredo, que al frente de un escuadrón de cosacos había recobrado el reducto la primera vez que se perdió, matando al general Bonamy, y que había estado diez horas seguidas peleando cuerpo á cuerpo con los franceses.

Kutusoff le había hecho coronel sobre el campo de batalla.

En cuanto á Miranda, había sido el alma de la defensa, logrando escaparse del lado de Teglew cuando éste se arrojó espada en mano sobre los franceses.

XI

A la mañana siguiente recibió Beauharnais orden de marchar adelante, y, costeando por la orilla del Kolonga, pernoctó en el castillo de Krasnoe. A la otra jornada atravesaron las tropas el Moscowa y

llegaron á los arrabales de Mojaisk, cuya ciudad había caído pocas horas antes en poder de Napoleón después de una obstinada resistencia y de haber sufrido un completo saqueo por parte de los cosacos.

Continuaron su marcha los invasores, pasando por algunos lugares lindísimos, entre otros Vendenskoe, que saquearon completamente. Hízose después el terreno quebrado y escabroso, y entraron en la aldea de Vronin-Kovo, en cuyo punto recibieron orden de marchar á Rouza, hacia cuyo punto se adelantó el virrey. Mucho les dolió á los soldados de Beauharnais tener que dejar á Vronin-Kovo, pues reinaba allí la mayor abundancia; pero obedientes siempre y enamorados de aquel su general, digno por más de un concepto de ser comparado al Hector homérico, continuaron su camino sin murmurar.

—Pronto llegaremos á Moscou y allí nos desquitaremos de tantas fatigas,—se decían.

¡No sabían que en Moscou estaba Rostopchine!

CAPÍTULO IV

La abadía

I

Al llegar á las cercanías de Rouza presentóse á la vista del 4.° cuerpo del ejército francés un extraño espectáculo.

Multitud de aldeanos (niños, ancianos y mujeres) salían de la ciudad, llevando en un gran número de carretas todo cuanto poseían en muebles, objetos y ganados.

Mandóseles detener, y se envió á Saligny para que explicasen qué motivo les inducía á abandonar de tal manera sus hogares.

—Nuestro *padrecito* (el czar) quiere que esta guerra sea, como en España, una guerra nacional (1), y con tal objeto todos los siervos están levantados ya, guiados por sus señores. En ninguna parte como en Rouza ha sido tan imponente el movimiento, y en ninguna se ha procedido con mayor actividad en la ejecución del plan. Los nobles y los sacerdotes acaudillan las numerosas partidas que se han formado ya, y que van á reunirse al ejército de Kutusoff. Cuantos hombres se alistaron están ya en las guerrillas, armados de estacas, picas, hoces y escopetas. No creíamos que vosotros entraseis en Rouza estando la ciudad á 6 leguas de la carretera real, por lo cual, así que hemos visto llegar la vanguardia francesa, hemos huido por este lado, llevándonos nuestros pobres muebles y ganados.

(1) Segur.

Lastimoso era el espectáculo que entonces se ofreció. Los húsares, dragones y lanceros arrojaron de sus carretas á aquellos desvalidos, repartiéndose las provisiones juntamente con los caballos, únicos medios de subsistencia de semejantes desgraciados.

II

Al entrar en Rouza subió de punto aquella lamentable escena, llegando á su colmo, dice un testigo presencial francés, la imagen del horror y la devastación. Hasta la plaza no se veía más que un tropel de soldados de la vanguardia que había llegado con Beauharnais que saqueaban las casas sin compasión ni clemencia.

Algo hubiera podido decir Miranda de semejantes procedimientos, recordando las escenas de Rioseco, Uclés, Córdoba, Salamanca, Tarragona y Murcia; y aun fué fortuna que en lugar del noble ex entenado de Bonaparte no estuviese allí Soult ó Suchet.

«Pero nada era capaz,—sigue diciendo el testigo francés,—de enternecer á aquella soldadesca, cuyos corazones empedernidos eran á prueba de bomba. No puede negarse que este ardor del botín era excusable en algunos, que habían llegado rendidos de cansancio y medio muertos de hambre y sólo buscaban algunos víveres para satisfacer sus necesidades;

pero otros muchos, valiéndose de este pretexto, lo saqueaban todo, robando hasta el menaje y la ropa de las mujeres.»

¡Infelices! ¡De cuán poco había de aprovecharles el bárbaro botín!

Pero como los soldados no tenían el don de profecía, estaban muy contentos y satisfechos.

Encontrábanse, pues, en Rouza los franceses cual otro Aníbal en las delicias de Capua.

El grueso del ejército no había entrado en la ciudad, permaneciendo acampado entre la plaza y la aldea de Vronin-Kovo.

La vanguardia, descuidada y contenta, pasaba el tiempo alegremente, bebiendo cerveza, tomando te, saboreando legítimo samovar, comiendo *schicht* (sopa de coles) á la moda rusa, cortejando y haciendo conquistas de judías.

De pronto corrió la voz de que venían los cosacos, produciéndose un verdadero pánico, pues sólo había 60 hombres dentro la plaza, encontrándose los demás esparcidos por los alrededores en busca de vino y buenos manjares.

Por fortuna los cosacos no eran más que doce y estaban muy lejos, no pareciendo que intentasen empresa alguna atrevida ni peligrosa.

El virrey, sin embargo, mandó llamar dos batallones, y con tal refuerzo pudo cada uno entregarse sosegadamente al placer de una buena mesa servida con exquisitos vinos y cantar canciones á la paz y sosiego que va inherente á la vida de una ciudad tan bonita como era, y es, Rouza.

Llegó, empero, el día de acabarse aquello, y, dejando allí una guarnición y un gobernador, continuó su marcha el príncipe Eugenio.

III

El escandaloso y desapiadado saqueo de Rouza había producido en los paisanos rusos un terror sólo comparable con su indignación.

Tanto era el odio y el espanto que causaba en los campesinos el nombre francés, que el ejército napoleónico encontró despoblados cuantos lugares, aldeas y caseríos tuvo que atravesar camino de Moscou.

Por todas partes cundía la desesperación, y muchos de los que huían no lo hacían sin pegar antes fuego á sus casas, sus quintas, sus granos y forrajes, recolectados apenas.

Aquello era peor todavía que la guerra en España, pero faltaban las guerrillas, que en manera alguna podían aclimatarse, á pesar del talento organizador de Miranda.

Los pobres *mujicks* no eran de la madera de los intrépidos gallegos, asturianos, vascos, aragoneses, catalanes, manchegos, castellanos y serranos de Ronda.

Algunos rusos que habían servido con Renovales y Sarasa en Aragón, acaudillaban, empero, unas cuantas partidas que ocasionaban graves daños al invasor.

A medida que se acercaban los franceses á Moscou crecía en ellos la esperanza de que, haciéndose cargo los ciudadanos de la capital de que el motivo por que saqueaban los soldados las poblaciones del tránsito era por hallarlas abandonadas, no se moverían de sus casas, tanto más en cuanto el apego á la propiedad es inherente á los vecinos de las capitales populosas.

¡Necia presunción, propia de la incurable ligereza francesa!

No sabían que las tierras cercanas á Moscou no eran propiedad de sus habitantes, sino de los nobles, los cuales, una vez declarados contra los franceses y sabedores de que éstos se acercaban, habían mandado á sus siervos, bajo pena de muerte, que se retirasen al interior de los bosques y ocultasen allí todo cuanto pudiese ser de utilidad á los bonapartistas.

Harto se convencieron de ello, sin embargo, al entrar en la aldea de Apatchtchonina, en donde se veían desiertas las casas, abandonado el castillo, rotos los muebles é inutilizadas todas las provisiones que habían debido dejar.

Veíase claramente, pues, ante semejante imagen de devastación, que los rusos estaban decididos á llegar hasta el extremo, resueltos á sacrificar sus bienes, sus riquezas, sus tesoros y hasta la propia vida de sus hijos, en aras de su independencia.

Muchos oficiales quedaron hondamente afectados por el espectáculo que se les ofrecía.

—¿De qué nos sirve ganar batallas,—exclamaban, —si no hacemos más que apoderarnos de ciudades hechas pavesas, de campos devastados y de pueblos más desiertos que un cementerio?

Y cuantos profundizaban algo y reflexionaban en lo que venía ocurriendo desde que había comenzado la invasión, se estremecían al pensar en lo que iba á suceder.

Y, sin embargo, ni aun los más pesimistas, ni aun

mesita, á varios taburetes de nogal tallado, á unos candelabros y á una vieja alfombra, el cuarto perdió su aspecto ascético.

Salió fray Alejo después de un breve rato de conversación con el médico, retiróse á poco también éste, y quedaron solos Diana y Saligny.

XIII

La pobre mujer estaba muy cambiada desde las ocurrencias de Madrid, y, á pesar de que la herida no era de mucha consideración, parecía que estuviese gravemente enferma.

Era el mismo rostro de siempre, pero rebajado su tono trigueño en fuerza de la palidez. Los ojos parecían más grandes, y sus antiguos cambiantes verdosos eran ahora enteramente negros; la nariz estaba afilada; la boca arqueada tristemente, pequeña siempre, ligeramente levantadas hacia arriba las comisuras. Expresaba todo el semblante como una dulzura infantil, y la misma voz había perdido sus inflexiones, á veces duras, haciéndose verdaderamente musical.

Diana era delgada, fina, de talle de avispa. Herida, todos sus rasgos se habían acentuado, atenuádose la morenez, suavizado el acento y entristecido la sonrisa. Parecía de aquel modo una virgen melancólica y vagamente misteriosa, cual las de Leonardo de Vinci.

—¿Os sentís mejor, Diana?—preguntó Octavio.

La joven, en vez de responder, miró á Saligny, y con triste sonrisa repuso:

—¿No me tuteas ya?

—Perdóname que no haya querido demostrar la intimidad que nos une,—replicó Octavio.

—¡Todos la saben! ¿Cómo no sospecharla, si las circunstancias en que ha ocurrido el lance revelan claramente que sólo el amor podía hacer que me encontrase ya esperándote á semejantes horas de la noche?

—Las revelaciones del general han probado que habías sido engañada.

—¡Triste de mí! ¡Perdóname el mal que te he causado, Octavio mío!

—¿Hablas de mi mal y estás tú herida? ¡Por Dios, piensa en ti solamente!

—Cuando este triste suceso se divulgue y llegue á oídos de tu mujer, maldecirás á la causante de tamaño escándalo.

—Nada temas: Julia sabe quién soy.

—¡Ay de mí! ¡Sabe que la quieres con toda tu alma y que jamás dejarás de adorarla!

—Sabrá que eres una desgraciada víctima de un pérfido engaño.

—¡Octavio! ¡Me tienes lástima! Gracias por tu piadoso proceder.

Dijo Diana estas palabras con tan amargo tono que Saligny se sintió lleno de turbación.

—¡Lástima! No es que me inspires lástima, como tú piensas, sino que ante todo veo en ti á un ser que sufre y que padece por mi culpa. Tengo, por lo tanto, deberes que cumplir contigo.

—¿Qué deberes?—preguntó ansiosamente la condesa.

—Naturalmente, atenderte, cuidarte.

—¿Conque no te irás?

—Volveré en seguida. Mañana estaremos en Moscou, y, una vez instalado el ejército, volaré á tu lado.

—Pocas horas faltan, pues, para que me dejes.

—Pocas; pero luego estaremos días y más días juntos, y cuando estés ya restablecida te llevaré á la capital.

—Quiero que me escribas cada día mientras estés ausente.

—Te escribiré.

—¿Y si llegara á figurarse que era yo tu amante?

—Nadie se atreverá á imaginarlo. Saben que eras la esposa de mi general.

—¡Ay! ¡Saben que eres el esposo de la condesa de Montespino!

—No te agites ni atormentes.

—¿Cómo quieres que pueda estar jamás tranquila?

—Sosiégate.

—¡Cuán desgraciada he de ser siempre!

—No, no lo serás.

—¡Octavio! ¡Octavio! ¡Ah, Dios mío! ¡Octavio! ¡Horror! ¡No, no! ¡Octavio!

—¿Qué tienes?

—¡No te vayas, no, no te vayas!

—¿Qué dices? ¡Cálmate!

—¡No te irás! ¡Por compasión, dime que no te irás!

—Pero ¿qué tienes?

—¡No te vayas!

—Bien; pero serénate.

—¡No te irás! ¡No te dejaré!

—¡Diana!

—¡Oh! ¡Qué ensueño!

—¿Soñabas?

—Pero no era un sueño, no: eras tú, mi Octavio.

—Tienes fiebre y te hace delirar.

—No deliro. ¡Oh qué espanto!

—Sosiégate.

—¡Octavio! No te vayas.

—¡Niña!

—Yo sabré sujetarte. ¡No, no te moverás de mi lado! ¡Huyamos, huyamos!

—¡Huir!

—¡Salvémonos!

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Corramos.

—¡Diana!

—Si no por ti, por tu mujer. ¡Huyamos!

—Diana, tu cabeza está ardiendo. No hables.

—¡Octavio! Tú, allí... Un cadáver helado... y yo junto á él.

—¡Está delirando!—exclamó Octavio, contristado.

—¡Mira, mira! Allí... ¡Muertos los dos!

—¡Oh! ¡Calla!

—¡Cuántos muertos! Miles, miles, miles de muertos como nosotros.

—¡Diana!

—¡Huyamos de aquí! ¡Corre, cógeme, llévame de aquí!

—Luego, en seguida.

—¡Sálvame, Octavio!

—Sí, te salvaré: te lo juro.

—¡Ahora!

—Pronto: de aquí tres días.

—Es tarde. ¡Huyamos!

—Diana, serénate: te lo suplico, te lo pido de rodillas.

—¡Muertos! ¡Todos muertos! ¿No sientes ese frío que hiela? ¿No sientes cómo adormece, cómo arrebata traidoramente? ¡Qué oscuro está todo! ¡Ven, Octavio!

—¡Pobrecita!—repuso el coronel.

XIV

Diana tiritaba, en efecto, castañeteaban sus dientes, y estaba cubierto su rostro de una palidez marmórea, no menos fría también que el mármol.

El coronel creyó que Diana iba á morir, y, saliendo al corredor, gritó:

—¡Socorro! ¡Venid! ¡Diana se muere!

El médico, que se encontraba en una celda próxima, acudió al oir aquella voz y penetró en el aposento que ocupaba la enferma.

—Haced que preparen una infusión fuerte de te, —exclamó.—Parece que se le escapa la vida. Voy á buscar almizcle.

Al punto estuvo hecho el te, verdadero samovar. El médico añadió un poco de polvos de almizcle y lo hizo beber á la enferma con objeto de contrarrestar la frialdad de su temperatura.

El te almizclado pareció reanimar á la paciente.

—¡Octavio!—exclamó de nuevo, buscando con los ojos al coronel.

—¿Qué quieres? — repuso dulcemente Saligny acercándose al lecho.

—Quiero estar á solas contigo, nada más que un momento. Pero solos, solos.

—Doctor,—dijo Saligny dirigiéndose al médico.

—Prudencia,—murmuró éste.

Así que el doctor hubo traspuesto los umbrales de la puerta, Diana se arrojó al cuello de Saligny, estrechándole con todas sus fuerzas.

El coronel, horripilado al ver incorporada á Diana siendo tan crítica su situación, la obligó á acostarse de nuevo, exclamando:

—Dime cuanto quieras, pídeme cuanto quieras, todo, pero estáte quieta. Te estás matando así.

La joven se dejó acostar sin replicar, con la docilidad de una esclava.

—Habla. ¿Qué quieres?—dijo Octavio.

—Morir contigo,—repuso ella.

—¡Morir! ¿Quién piensa en morir? ¡Qué desvarío!

—Pronto moriremos, sin embargo.

—¡Delirio!

—¡No! Lo sé: te lo aseguro.

—Bueno. Pues ya verás cuán felices seremos á pesar de tus pronósticos.

—¡Felices! ¿Cómo puedo ser yo feliz?

—¿Por qué?

—¡Ay de mí! ¿Por qué me preguntas?

—Diana, si de mí depende, ¿por qué no has de ser dichosa, muy dichosa?

—¡Octavio!

—¡Diana! ¡Pobre Diana mía!

—¡Qué escucho! Esa es tu voz.

—Yo soy, Diana, yo, quien te hablo.

—Acércate más, mucho más. Oye.

—¿Qué?

—¿Me has dicho que sería dichosa?

—Sí.

—¿Dichosa porque...?

—Sí.

—¿Por eso?

—Sí.

—¡Octavio!

—¡Tuyo!

—¡Octavio!

—¡Diana!

—¡Ay! ¡Al fin!

—¡Siempre!

—¡Sueño!

—¡No, mírame!

—¡Sí, sí: eres tú, mi Octavio!

—¡Y tú, mi Diana!

—¿Te acuerdas? ¡Qué día tan feliz!

—Sólo de eso me acuerdo.

—¿Te acuerdas de cuanto me dijiste?

—Que te adoraba, sí.

—Era el día que volviste de Austerlitz.

—El día que el emperador dijo al verte:—*El sol de Austerlitz debíais ser vos, generala.*

—Y repuso·—*¡Famosos húsares tenéis, la Chategneraie!*

—Yo era valiente para que mi generala supiese que había quien la adoraba.

—Ya lo sabía, y por eso era mi adoración.

—¿Me querías mucho?

Diana volvió á incorporarse, y, rodeando de nuevo con sus brazos el cuello de Saligny, exclamó sordamente:

—¡No te adoraba tanto como te amo ahora!

XV

Saligny se estremeció.

Diana, á pesar de su herida, ó quizás precisamente á causa de su herida, se había convertido en un ser irresistible.

Sus ojos parecían desmesuradamente grandes. Su boca pequeñita habíase contraído con tal expresión que parecía un imán que atrayese todos los besos. Caíale el cabello sobre la frente con la ingenuidad de un niño. Su voz era como una caricia, su palidez una seducción.

Saligny tenía deberes sagrados, proferidos, si no al pie del altar, ante la ley de la conciencia.

Saligny pensó en Julia.

Julia era el amor ardiente y avasallador, el amor victorioso de todo, hasta de la religión. Era una pasión grande: la pasión de un héroe, de un guerrero.

Diana era la juventud, la ligereza, el capricho, convertidos entonces en lamentable drama.

Lo primero era lo primero.

Julia era sublime en todo, heroica en todo, en todo incomparable.

No había de importarle á la altiva española lo que Saligny quisiera decirle á la gentil parisiense. La paciente del convento de Zegnivorod no debía inquietar para nada á la antigua abadesa de Santiago.

Saligny se dejó llevar de un impulso generoso.

—¡Diana!—exclamó.—¡Te amo como siempre!

—¡Morir, morir ahora!—exclamó ella.—¡Ya soy feliz!

Un toque de corneta hizo volver en sí á los dos amantes.

—¡Llamada!—exclamó Saligny.

—¡Irte ahora!—repuso la joven.

—Es la señal.

—¡Partir!

—No hay excusa alguna posible.

—¡Octavio! ¡Por piedad, no te alejes!

—Es mi deber.

—¡A Moscou!

—Sí.

—¡Muerte, muerte! ¡Oh desgracia!

—No te exaltes.

—Bien: vete. Adiós.

—Adiós.

Octavio estampó un beso en los labios de su antigua amante.

Ella le miró y se le cayeron las lágrimas, mientras Saligny salía hondamente impresionado.

Los augurios de Diana semejaban tener algo de proféticos.

XVI

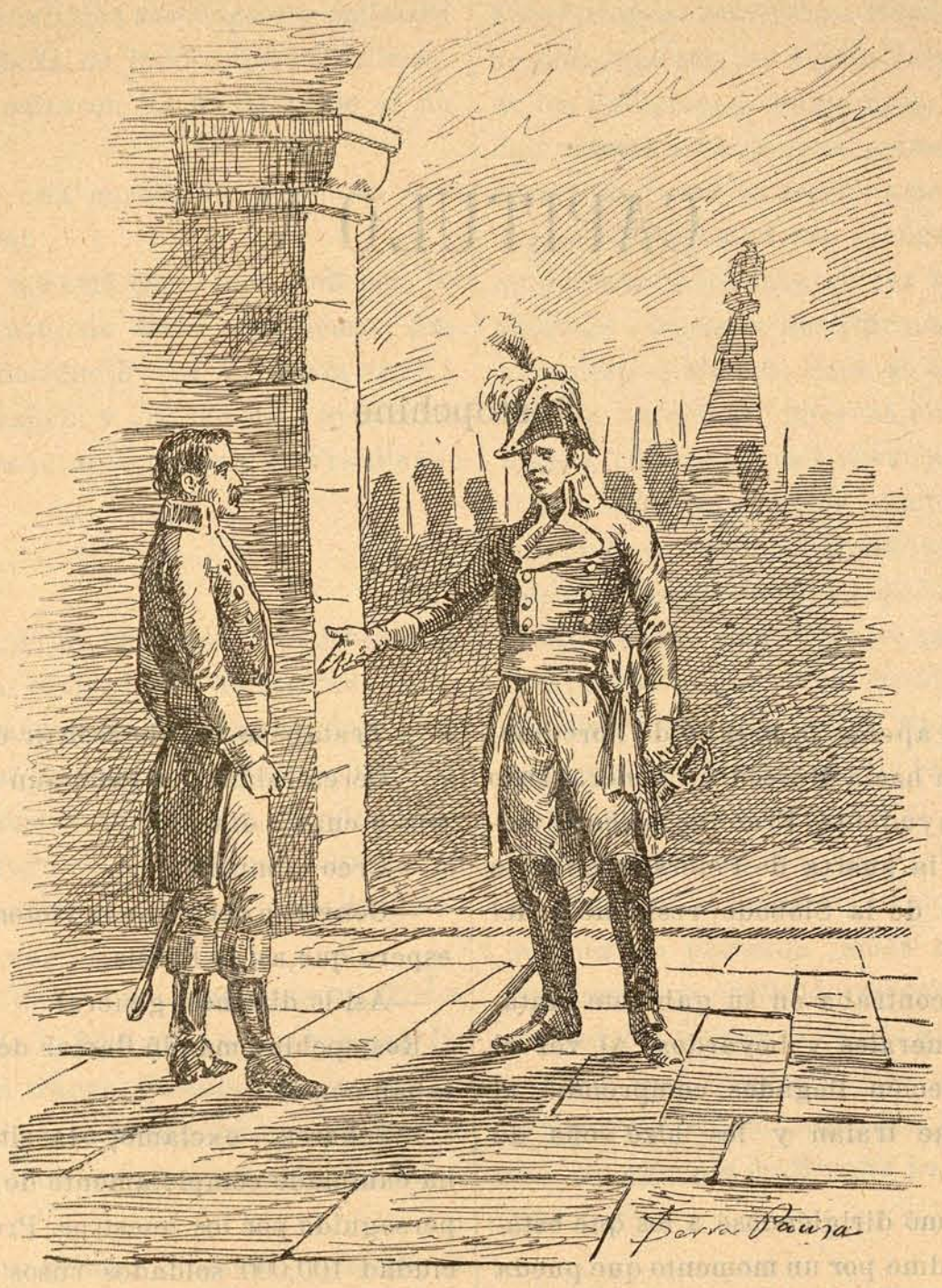
Amaneció. La campiña se ofrecía alegre.

Agregóse el coronel al estado mayor del virrey

y le pareció encontrarse en un mundo distinto.

El príncipe Eugenio le llamó así que le hubo distinguido.

—¡Coronel!—exclamó.—De resultas del lance de esta noche queda patentizada la inocencia del capitán Walewsky, y así constará en la orden del día que va á darse. Los vocales del consejo de guerra quedarán todos sujetos á sumaria, excepto vos, cuyo



—Coronel, quedáis libre completamente...

voto favorable se ha hecho evidente luego de tomadas las primeras declaraciones. Lamento la desgracia que habéis tenido al herir á la condesa de la Chategneraie; pero al propio tiempo declaro altamente que de nada se os puede acusar respecto á este particular. Coronel, quedáis libre completamente, y la causa que se os seguía por dasacato al duque de Orthez queda sobreseída.

Octavio dió las gracias al noble Beauharnais y volvió á su puesto.

El 4.° cuerpo de ejército abandonó la abadía y se puso en marcha hacia Moscou.